

PLACIDO ABAD

El General SAN MARTIN

EN MONTEVIDEO

1829


NEVER·TOO·LATE
EX LIBRIS
MARIANO·D·VEDIA·Y·MITRE

Al talentoso y erudito publicista é historiador argentino Dr. Mariano de Vedia y Mitre con alta simpatía intelectual y como recuerdo de su grata visita á esta Ciudad siendo Intendente Municipal de Buenos Aires.

Montevideo 11 de Marzo de 1933

Plácido Abad

S/c. avenida General Flores 3725
Montevideo (Uruguay)

EL GENERAL SAN MARTIN
EN MONTEVIDEO
1829

A LA MEMORIA DE LOS PATRIOTAS

Generales José Rondeau, Fructuoso Rivera, Juan Antonio Lavalleja, Eugenio Garzón, Señor Gabriel A. Pereira, y Canónigo Pedro P. Vidal que en 1829 hicieron honor a la República Oriental del Uruguay recibiendo dignamente al General José de San Martín, en su arribo a Montevideo.

PLÁCIDO ABAD

El General San Martín

en

Montevideo

1829

MONTEVIDEO
PEÑA Hnos.—Impresores,
1928

AL LECTOR

Admirador de la gloria de José de San Martín, interrogué desde muchos años ¿ porque motivo la historia de mi patria no presentaba un rasgo singular que la identificara con la acción o con la vida de tan ilustre personalidad?

San Martín había estado en Chile, en el Perú, Ecuador, recorrido triunfante los Andes, todos puntos lejanos a los pueblos que fueron cabeza de las Provincias Unidas de las cuales aquel era hijo selecto.

Vinculado el Uruguay poderosamente a la revolución argentina creara ésta lazos indisolubles de afecto, robustecidos por la comunidad del origen, el idioma, la sangre, la raza; fuera aquel parte integrante de esas mismas Provincias y sin embargo nada parecía decir que el héroe dejara en mi país un motivo nuevo que lo uniera poderosamente.

Pensando así me puse con empeño a desentrañar la verdad que surje de muchos documentos inéditos y como la historia del Río de la Plata aún no ha sido escrita, hallé en el campo de la investigación hermoso material para que mis compatriotas puedan ver y decir eternamente con orgullo:

José de San Martín es también nuestro; su espíritu está poderosamente vinculado y agradecido a los orientales por algo tan perdurable como el lauro inmortal de la guerra: por el reconocimiento profundo de nuestra sincera simpatía demostrada hacia él en horas crueles y manifestada abiertamente en momentos de dura incertidumbre.

Ofrezco estas páginas sin otra pretensión que la de ver realizada una patriótica aspiración y por si de algo pueden servir para vincular aún más a los pueblos hermanos del Río de la Plata.

Montevideo, Febrero de 1924.

PLÁCIDO ABAD

CAPITULO I

LLEGADA DE SAN MARTIN A MONTEVIDEO (1829)

SUMARIO. — *Informes que los orientales tienen del regreso de San Martín de Europa. Quienes propalan la noticia en Montevideo. Embarque del guerrero en Falmouth. Lo acompaña un criado. Difícil travesía por el Atlántico. Pasaje de San Martín por Río de Janeiro. Las noticias que allí recibe de su patria. El paquete en que regresa es el « Chichester ». Su arribo a Montevideo el 5 de Febrero de 1829. Impresiones del viajero. Vé desde abordo la bandera de la nueva nacionalidad oriental. Continuación del viaje hasta las balizas de Buenos Aires. La guerra civil argentina. San Martín permanece varios días abordo del « Chichester » sin bajar a tierra. Apellido que adoptó en el buque para pasar inadvertido y no ser molestado. Cartas que escribe desde el paquete inglés. Conferencia que celebra con el Coronel Olazábal. San Martín decide volver rápidamente a Montevideo. Modo en que trata su arribo la prensa de Buenos Aires. Injusticias cometidas con el héroe. El « Chichester » leva anclas de regreso. Arribada a la capital del Uruguay. Estado sanitario de este país. Atenciones que el pueblo oriental prodiga al guerrero argentino que contrastan con la indiferencia fría del de Buenos Aires. Actitud de Juan Antonio La-*

valleja y Fructuoso Rivera. Ordenes que dá Rondeau para el buen desembarco de San Martín. Pintura de la Aduana y Capitanía de la Ciudad. Finezas del Capitán provisorio de Marina Antonio Acosta y Lara. Vinculaciones de éste con la familia de Escalada. Consideraciones sobre el estado de la plaza oriental. Preparativos de la salida de las tropas imperiales. Detalles de aquél momento colonial.

En la segunda mitad del año 1828 se tuvo conocimiento en Montevideo del próximo regreso al Río de la Plata del General José de San Martín.

La noticia causó el regocijo consiguiente, sobre todo entre aquél núcleo de orientales que a pesar de los reveses de la suerte mantenían la tradición artiguista y que, sin ser declarados enemigos de la política de Rivadavia, no estaban sin embargo, conformes, con las derivaciones que la misma asumiera, de cuya tendencia participaba también el propio General San Martín.

Juan Antonio Lavalleja, Jefe de los cruzados en 1825, y Fructuoso Rivera son los que aparecen en el Uruguay en aquel momento sosteniendo la corriente adversaria que simpatizara el espíritu del vencedor en Maipo, contra la actitud absorbente y aristócrata del Presidente argentino, formando así núcleos importantes de opinión que habían de

ser muy luego puntos de apoyo para la formación de los partidos que dividieron por tantos años a las familias del Río de la Plata.

Esa tendencia individualista y democrática a la vez, colocó a los orientales que no apoyaban la política de Rivadavia en un terreno de oposición ostensible, dándose el caso original de que, tal situación, pusiera a los mismos en el deber de rodear y enaltecer las virtudes cívicas del General San Martín cuando los de Buenos Aires por inconsideración a éste y creyendo servir mejor las ideas del que había sido Presidente argentino no tenían empacho en rodearlo de injurias y calumnias, lanzándolo nuevamente a la pobreza y al olvido en que había vivido después de haber prestado eminentes servicios a la independencia americana.

Rivadavia, la personalidad civil de mayor relievo en el escenario político argentino, desciende de su alto sitial para provocar ocultamente, valido del poder que le dá su misma posición oficial, a los ciudadanos que le llevaron a la cumbre de su gloria y condujeron a los pueblos del Viejo Vireinato por la senda de libertad conquistada en medio de la lucha larga y sangrienta del primer cuarto del Siglo XIX.

Su carácter apasionado, rebelde a veces a toda idea cuando consideraba tener en sus

manos la salvación del momento histórico, llevóle por sendas difíciles, que es menester estudiar con verdadero método y cautela, obteniendo con esas actitudes injustificadas en un hombre de su relieve moral, reacciones violentas que contribuyen a empañar la misión que le condujo a escalar las más altas posiciones dentro del Gobierno fundado por él, a fuerza de tenacidad, vehemencia y verdadero heroísmo.

Parecería que Rivadavia no tenía entonces otra satisfacción personal,—ya que no es posible creer fuera por envidia de gloria,—que echar lodo a la hoguera producida por el enervamiento de las pasiones tomando como centro para desatar sus desahogos a dos de las figuras más heróicas que produjo la revolución: José de San Martín y Bernardo O'Higgins.

Llegó a ser tan grande el encono producido por actitudes tan poco nobles, que tanto San Martín como O'Higgins batieron palmas cuando Rivadavia abandonara el Gobierno nacido de los mismos acontecimientos que éste ayudara a apuntalar.

«Ya habrá sabido Vd.,—le decía San Martín a O'Higgins—la renuncia de Rivadavia. Su administración ha sido desastrosa y sólo ha contribuído a dividir los ánimos; él me ha hecho una guerra de zapa, sin otro objeto que

minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no había tenido otro objeto que el de establecer Gobiernos en América. Yo he despreciado tanto esas groseras imposturas como su innoble persona. Con un hombre como éste al frente de la administración, no creí necesario ofrecer mis servicios en la actual guerra contra el Brasil y por el convencimiento en que estaba de que hubieran sido despreciados. Con el cambio de administración he creído de mi deber hacerlo, en la clase que el Gobierno de Buenos Aires tenga a bien emplearme; si son admitidos me embarcaré sin pérdida de tiempo, lo que avisaré a usted». [1] y [2].

Por su parte O'Higgins se despachaba aún en forma más violenta. «Un enemigo tan feroz de los patriotas,—agregaba—como don Bernardino Rivadavia, estaba deparado por arcanos más obscuros que el carbón, para humillarlos y para la degradación en que su desastrosa administración ha dejado a un pueblo generoso, que fué la admiración y la bali-

---

(1) Conviene advertir que San Martín ponderaba cuatro años antes la administración de Rivadavia, lo que sirve para apreciar el criterio de los hombres a través de las distintas situaciones. Carta de 31 de Julio de 1823, publicada por Ricardo Levene en 1919.

(2) Carta de 20 de Octubre de 1827, escrita desde ruselas.

za de las repúblicas de la América del Sur.

Este hombre despreciable no solo ha ejercido su envidia y su encono en contra de usted; no quedaba satisfecha su rabia y acudiendo a su guerra de zapa, quiso minarme en el retiro de este desierto, donde por huir de ingratos, busco mi subsistencia y la de mi familia con el sudor de mi frente. Yo nunca lo conocí personalmente y él sólo me conoce por mis servicios a la patria y me escribieron de Buenos Aires que por su disposición se dieron los artículos asquerosos que aparecieron contra mi honradez y reputación en los periódicos de Buenos Aires de aquella afrentosa época». ([1])

([1]) Carta de O,Higgins de 16 de Agosto de 1828.

([2]) El autor ha meditado muchas veces respecto a las derivaciones que pudo haber asumido la política del Río de la Plata a no mediar la enemistad de Rivadavia con San Martín. Tal vez si ella no hubiera existido el General San Martín pudo muy bien ser elegido para dirigir la campaña contra el Imperio del Brasil. Y que consecuencias tal vez hubieran teñido los acontecimientos estando al frente un hombre de la prudencia extraordinaria y el talento estratégico militar de San Martín ! Posiblemente no hubieran ocurrido las desavenencias provocadas por el espíritu absorbente de Rivadavia y los patriotas orientales de 1825 resuelta ya la liberación de la Provincia que mantuviera el Imperio, que era su mayor enemigo entonces, no hubieran persistido en la independencia absoluta de aquella

Fueron así las derivaciones de aquellos momentos las que hicieron surgir corrientes distintas de opinión dentro mismo de la provincia oriental.

Los generales Juan Antonio Lavalleja y Fructuoso Rivera impresionados con las actitudes poco felices de Rivadavia e interpretando su admiración por la figura de San Martín, juzgaron tal vez que ninguna oportunidad mejor que aquella se les presentaba para rodear al glorioso soldado y es esta actitud hermosa que mucho honra al Uruguay la que hace aparecer a los orientales como protestando contra las injurias que el héroe de Maipo recibiera en su misma patria y de los hom-

---

quedando el nuevo Estado integrando el antiguo virreinato, tal vez con la capitalización definitiva de Montevideo por su posición geográfica excepcional. Los países del Río de la Plata se habrían ahorrado entonces los 25 años de la tiranía de Rosas que es el arranque de las desgracias y desunión entre los mismos; medio siglo de atraso provocado por el caos que trajera aparejado el encadenamiento de sucesos imprevistos. La previsión de San Martín en caso de triunfar en la campaña de 1826-1827 y con él al frente del ejército republicano tal vez hubiera hecho sacar un partido enorme de la victoria que no obtuvo la que culminó en Ituzaingó, llevando los límites naturales de la Banda Oriental hasta más allá de las márgenes del Ibicuy. Todas estas son conjeturas producidas al apreciar la trascendencia que pudo obtener aquel detalle en la política del Río de la Plata.

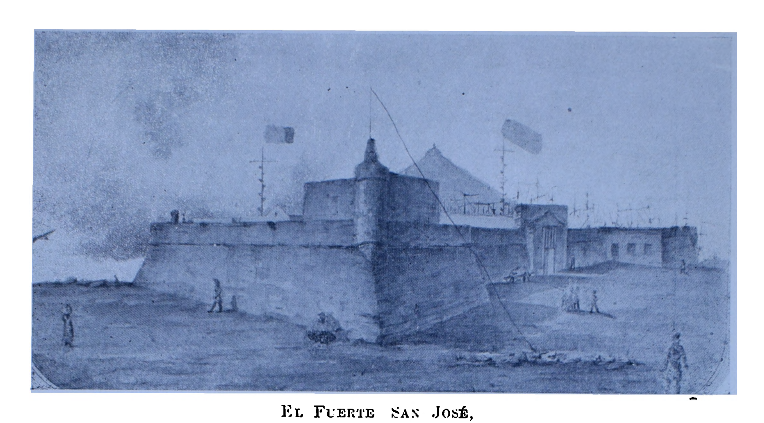
bres que él formara, en aquellos días difíciles, precursores de la larga lucha que había de anarquizar a los pueblos del Río de la Plata.

Pedro Pablo Vidal, canónigo oriental vinculado a lo mejor de su sociedad, lo mismo que Juan León de las Casas, acreditado hombre de negocios de Montevideo, fueron, posiblemente, los encargados de propalar la noticia del próximo arribo de San Martín que habían recibido por comunicaciones enviadas de Europa.

Se creyó, como es natural, en los primeros momentos, que aquél venía a la Patria a ponerse al frente del movimiento político que entonces se operaba en el Estado de Buenos Aires, evitando con el prestigio de su personalidad el desarrollo de los sucesos que tuvieron por epílogo el doloroso fusilamiento de Dorrego y acarrearon los acontecimientos que hicieron ahogar en sangre a los pueblos del Río de la Plata, precipitando hechos que llegaron a comprometer la estabilidad de la Independencia del Uruguay y pusieron en peligro la libertad de las que fueran Provincias Unidas del Sur.

Profundo error sufrían los que de tal modo pensaban ! !

Desconocían, aún creyendo conocer a San Martín las condiciones propias de su carácter que no se avenía a apuntalar situaciones co-



El Fuerte San José,
en uno de cuyos mástiles se enarboló la primer bandera oriental que vió San Martín desde a bordo del buque en que regresaba de Europa.

mo medio de que se encumbraran personalidades para que éstas obtuvieran al amparo dє los mismos sucesos resultados provechosos para el mantenimiento de las aspiraciones personales a que obedecían.

Hombre esencialmente patriota, enemigo de los partidos ya en juego en los pueblos del Río de la Plata se había adelantado por razones de oportunidad a hacer declaraciones como esta: «Se trata de buscar un salvador que reuniendo el prestigio de la victoria, la opinión del resto de la Provincia, y más que todo un brazo vigoroso que salve a la Patria de los males que la amenazan. La opinión o mejor dicho la necesidad presenta este candidato: El es el General San Martín. Para establecer esta aserción yo no me fundo en el rúmero de las cartas que he recibido de personas de la mayor respetabilidad de Buenos Aires que me han hablado en ésta sobre ese particular, yo apoyo mi opinión en las circunstancias del día. Ahora bien, partiendo del principio de ser absolutamente necesario el que desaparezca uno de los dos partidos, de Unitarios y Federales, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública. ¿Será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos y cual otro Sila cubra mi Patria de proscripciones?

Nó amigo mío; mil veces preferiré envolverme en los males que amenazan a este suelo que ser el ejecutor de tamaños horrores». ([1])

La noticia propalada por Vidal y de las Casas coincidía perfectamente con la carta que San Martín había redactado en Bruselas el 20 de Octubre de 1827 en la que daba a conocer su firme propósito de permanecer en Europa dos años más, tiempo que juzgaba necesario para concluir la educación de su hija Mercedes Tomasa San Martín y Escalada que constituía la preocupación y el encanto de aquel hombre excepcional.

Había abandonado San Martín la patria hacía casi cinco años y constantemente pensaba en el regreso. Le faltaran los medios y la oportunidad para hacer el retorno.

Cuando pasara por Montevideo en aquella época llevando consigo la corona de gloria que irradiaba Chacabuco y Maipo pudo contemplar con dolor que la ciudad «que tanto amara» como lo dijera en 1829 al despedirse del pueblo oriental era entonces una Plaza conquistada. Sobre las almenas flotaba el estandarte imperial y su sable a pesar del íntimo deseo no había podido detener el avance

---

([1]) Carta dirigida por San Martín desde Montevideo a Bernardo O,Higgins, enterándole del objeto de su viaje.

del ejército portugués que solo defendieran las montoneras de Artigas hasta las márgenes del Río Paraná.

A fines de 1825, al poco tiempo de encontrarse en Europa, estrañando posiblemente los afectos del terruño tuvo el propósito de regresar a su país. La vuelta se hubiera producido entonces si el Gobierno de Buenos Aires olvidando enconos le hubiera aceptado el ofrecimiento que de sus servicios como ciudadano y militar le habría hecho durante la guerra contra el Imperio que culminó con la batalla de Ituzaingó. ([1])

Personalidad rígida y severa, escencialmente militar, dotada de una voluntad inquebrantable, decide embarcarse a fines de Noviembre de 1828 en el interés posiblemente de aprovechar el verano próximo para reponer su salud en las quebradas de Mendoza lugar de reposo y esparcimiento que colmara de regocijo a su espíritu.

No le arredraba su estado físico. Convaleciente aún de un fuerte ataque de reuma que adquiriera con los intensos fríos que por aquel año azotaran a Europa, escribe a los amigos que mantenía en Inglaterra enterándole de ese firme propósito, expresando, a uno de ellos, que se le reservara camarote en un bu-

---

([1]) Carta de O,Higgins del 16 de Agosto de 1828.

que, dada la dificultad que en la época existía para conseguirlo, agregando para su tranquilidad, que se le dijera concretamente si «debía abonar el pasaje por adelantado o si ese requisito se podría realizar al llegar a Londres», en virtud de que era su deseo tomar la embarcación en Falmouth para hacer la navegación en condiciones regulares.

Cinco meses antes del embarque yá se preocupaba de salvar esos detalles, lo que revela el espíritu de previsión que le animaba.

A toda costa deseaba hacer el viaje en un Paquete porque según narraba el 10 de Octubre de 1828 cuando realizó la travesía desde Buenos Aires a Europa, por segunda vez, hizo juramento de «no volver a embarcar en buque mercante a menos que tuvieran una absoluta precisión» por los trastornos que ocasionaba aquella navegación lenta y desigual que constituía una odisea horrible aún para los más experimentados a la vida de mar.

Fué con arreglo a ese propósito que partió de Falmouth con rumbo al Río de la Plata el 21 de Noviembre de 1828.

Eligió para la travesía el Paquete «Chichester» nombre del Condado de Sussex en Inglaterra, población ubicada al Sud-Oeste de Londres, en un llano entre las colinas de Southdowus y el fondo de una bahía que forma el fondeadero de la población referida.

Importante mercado para productos agrícolas, tenía ya en tiempo de los romanos mucho renombre, siendo en el de los sajones residencia real con el nombre de Cissoe Castrum, del cual proviene la designación moderna.

Era entonces el tercer viaje que el «Chichester» realizaba al Río de la Plata, obteniendo renombre por sus buenas condiciones marinas. Se lo prefería al «Minerva» y al «George-August» que habían estado de moda en el período anterior a 1825 y en uno de los cuales había regresado de Río Janeiro el General Juan Antonio Lavalleja, cuando fueron abiertas las casamatas de la prisión de la Isla das Cobras, donde estuviera retenido por los portugueses.

Tenía el buque regular porte, alta arboladura y usaba el pabellón de la marina mercante de Inglaterra.

Su agente en Montevideo era la casa Gowland y Cía. que contribuyera al progreso de la ciudad.

Traía el «Chichester» al Río de la Plata productos ingleses y embarcaba de retorno frutos del país, lana, cueros, grasa, astas y alguna madera proveniente del Paraná,—que era lo que mas exportaban los países que formaran el Viejo Virreinato.

Y hay en este embarque de San Martín, un detalle interesante que pinta su modestia

para pasar inadvertido a bordo y en los puertos de atraque, ya que no es posible suponer que se alterara el verdadero apellido paterno sin su expreso consentimiento, cuando él era tan glorioso y de singular relieve en la América Meridional.

Tomó pasaporte en Falmouth, bajo el nombre de José Matorras, apellido materno que nunca usó y fué bajo esta denominación que atravesó el Atlántico y se detuvo en Río Janeiro durante el tiempo que el «Chichester» permaneció allí fondeado. (1)

Al dejar San Martín el puerto de Falmouth, escribiera ese mismo día a varias personas amigas, enviándoles el saludo de la partida.

La travesía por el Atlántico impuso al «Chichester» una navegación de setenta y seis días, tiempo considerado corto, si se tiene en cuenta que en aquella época el mínimo del viaje desde Europa al Río de la Plata, era calculado en cerca de un centenar de días, lo que dá idea de la resignación que se necesitaba para cruzar entonces el Océano.

La navegación la hiciera el paquete inglés en condiciones regulares, pero al llegar éste a la Barra del Río Grande del Sud, un fuerte temporal desencadenado en la segunda quin-

(1) La madre de San Martín se llamaba Gregoria Matorras.

cena de Enero de 1829, hubo de hacer naufragar la embarcación, llegando los efectos del ciclón a ocasionar serios perjuicios en distintas poblaciones del Uruguay ([1])

En Río Janeiro tuvo conocimiento San Martín de la revolución de Lavalle. ([2])

Su espíritu debe haber sentido entonces la influencia del que desea salvar todo género de obstáculos para no verse envuelto en aquellos sucesos, y fué tal vez lo previsor de su modalidad la que le llevara a optar en esos días por el apellido materno para pasar inadvertido y evitarse inconvenientes, mucho más cuando existían latentes en la capital carioca los resentimientos que provocara la campaña contra el Imperio, que obligara a abandonar la Plaza a casi todos los orientales y argentinos que allí había, en virtud de las medidas legítimas que se vió en la necesidad de adoptar, para su defensa, el Gobierno del Brasil.

En el buque que traía al ilustre visitante regresaban también al Río de la Plata varias personas de Montevideo.

([1]) Así lo declara en sus memorias, el Coronel Manuel Olázabal.

([2]) Carta inédita de José Raimundo Guerra al Cabildante Santiago Sainz de la Maza, dando cuenta del viaje del General San Martín, actualmente en poder del Dr. Felipe Villegas Zúñiga.

.El temporal que arreciara en la segunda quincena de Enero trajera intranquilidad a las personas que esperaban familia en el «Chichester».

Tal hecho, producido en pleno verano, en circunstancias que Montevideo se hallaba regocijado con las fiestas provocadas por el izamiento de la primer bandera oriental, ocasionó el consiguiente estupor.

Cundida la alarma, fué el muelle el sitio elegido para recibir noticias de los sucesos marítimos y de la suerte que podría haber corrido al buque, renaciendo la esperanza, cuando el vigía del Cerro anunció el arribo del Paquete inglés después de una travesía horrible de más de diez semanas.

Era ese día el 5 de Febrero de 1829, consagrado por la Iglesia para rendir devoción a los Santos Leonardo y Albino.

Las campanas de la Matriz deben haber resonado, entonces, de acuerdo con la práctica colonial, ante el arribo del buque ansiado, sin pensarse tal vez que, en esa embarcación, retornaba el que había hecho posible con su talento militar, la realización de una de las campañas más gloriosas por la libertad de América, y contribuído al afianzamiento de la independencia de varias naciones.



La Aduana de Montevideo con el muelle de desembarque en la línea de las calles Treinta y Tres y parte de Misiones. En este punto desembarcó San Martín en 1829.

II

Pocos momentos permaneció el «Chichester» en la rada de Montevideo. Lo bonancible del tiempo obligó al Capitán del buque a seguir la marcha dando sólo la consigna por señales efectuadas desde a bordo a la Comandancia de Marina que «no había novedad», en el interés de descontar las horas de viaje perdidas con el recio temporal que azotara hasta cerca de las costas de Castillos.

Esa fué la razón porque San Martín no desembarcara entonces directamente, y como deseara, en el puerto de Montevideo. [1]

Además, prácticas de la época, imponían la adopción de medidas preventivas en virtud de la dificultad de las comunicaciones que entorpecían a veces la marcha normal de los buques.

Los temores justificados de invasiones a un territorio disputado, como la Banda Oriental, obligaba a todo género de medidas.

Por buques llegados al Río de la Plata, con anterioridad, se había tenido también noticias de la aparición del cólera en algunas ciudades de Europa, y en la Plaza de Montevideo, existía entonces, con carácter endémico, la viruela, circunstancia que obligó a redoblar la vigi-

(1) Solicitud de San Martín de 6 de Febrero de 1829.

lancia sanitaria, ya de por sí precaria para no comprometer más la salud de la población. [1].

La arribada del «Chichester» a Montevideo coincidió con dos hechos de notoria curiosidad para los viajeros que faltaban de aquella ciudad.

Se refería uno a la instalación del hermoso faro colocado en la cumbre del Cerro el 1.º de Enero de 1828.

Desde a bordo y la noche anterior, los pasajeros habían podido apreciar los eclipses que irradiaba la linterna cuya presencia constituyó un acontecimiento para la navegación del Río de la Plata.

---

(1) La aparición del cólera en Europa dió lugar a que se prohibiera en Montevideo la exportación de trigo. Cundió la alarma y más con la viruela, por la persistencia y la virulencia de la epidemia. El 15 de Mayo de entonces, se vió en el caso, el General Rondeau, de dictar un decreto nombrando una Comisión Especial de vacunación. Era presidida ésta por el Ministro de Gobierno y tenía como miembros a los señores Salvador García y doctor José Previtale, ejerciendo las funciones de vacunador el doctor Juan Gutiérrez Moreno, antiguo médico del Hospital de Caridad que fuera Presidente más tarde de la Junta de Higiene, y cuyo nombre figura en una calle de Montevideo. Fué el doctor Gutiérrez Moreno un verdadero filántropo, que prestara invalorables servicios a la ciudad, en determinadas épocas y es tronco de la familia Gutiérrez que colaborara con su peculio particular al levantamiento de la Iglesia de los Vascos, situada en la calle Daymán, (hoy Julio Herrera y Obes).

Una iniciativa del Consulado después de una tramitación de dos años dió mérito a tan provechosa mejora.

Si tal suceso podría interpretarse como augurio de progreso local, halagaba también a los viajeros patriotas la circunstancia de contemplar en los mástiles del Fuerte San José, lo mismo que en el vetusto edificio de la Aduana, el pabellón adoptado por la joven nacionalidad oriental que después de una lucha incesante de veinte años, se incorporaba al número de los pueblos libres de América.

Era esa la bandera decretada el 19 de Diciembre de 1828, con « nueve listas de color azul sobre fondo blanco, horizontales y alternadas ».

En las primeras horas del 6 de Febrero de 1829 picaba el buque las balizas de Buenos Aires.

Había llegado San Martín a la ribera de la patria que tanto amara.

Era la segunda vez, durante su vida, que volvía al Río de la Plata, en cuyo primer viaje había sabido ponerse al frente de los acontecimientos imponiendo al ejército aquel nervio de unidad que caracterizó a las filas libertadoras.

Regresaba pobre de fortuna y con pocas ilusiones. Era un convencido de la expatriación como medio de alejarse de los horrores de la guerra civil.

Se hallaba en esto, de acuerdo con la norma que siguiera Artigas al alejarse en 1820, del

teatro ya anarquizado por las tendencias disolventes de los pueblos que había defendido.

Aquella frialdad, cruel e insensata, conque San Martín fué objeto entonces desde Buenos Aires, mortificaron su espíritu y en las horas de recogimiento, ha de haber pensado que si esa era la recompensa deparada a hombres de sacrificio, como él, bien valía la pena permanecer lejos de aquel ambiente y esperar tranquilo el fallo de la justicia póstuma. [1]

---

[1] El erudito y fecundo escritor argentino, Ernesto Quesada, en su obra «El Ostracismo de San Martín», dice: «Discutido por todos, execrado a grito herido por sus compañeros de armas; odiado por los hombres dirigentes de su patria, a los que había igualmente abandonado en las ansias terribles del naufragio ante los embates de la anarquía: se vió proscripto en su propio país y tratado por todos, viejos adversarios y antiguos amigos, como el personaje maldito de la tragedia antigua, de cuyo contacto todos huyen por que no acarrea sino desgracias! En su corta y gloriosa acción americana, su misma inflexibilidad le había granjeado rencores profundos: había sembrado odios y tenía que cosechar tempestades. Los hombres mas brillantes de Chile, afiliados al partido carrerino, no podían perdonarle el fusilamiento de aquellos próceres desgraciados y nefastos; los porteños dirigentes menos podían disculpar la implacabilidad con que fueron entregados indefensos a la brutalidad de los caudillos y sacrificados en aras de lo que, en la ofuscación de la época, se llamó su gloria egoísta y personal.

Cincuenta y cinco días hacía que el Gobernador Manuel Dorrego había sido fusilado por el Gobernador Lavalle y estaba en sus manos aquella dolorosa sentencia, que anunciaba: «Participo al Gobierno delegado que el Coronel Dorrego acaba de ser fusilado, por mi órden, al frente de los Regimientos que componen esta División. La historia dirá si el Coronel Dorrego ha debido o nó morir. Su muerte es el sacrificio mayor que puedo hacer en obsequio al pueblo de Buenos Aires, enlutado por él».

La Guerra Civil se iniciaba con la magnitud que había de tener aquel colosal incendio.

Elementos que fueran de Rivadavia apoyaban la actitud de Lavalle. Algunas Provincias se habían alzado en armas, y para colmo de males, el General Juan Bautista Bustos, Gobernador de Córdoba lanzaba a los cuatro vientos, para ser oído, palabras que contribuían a desprestigiar aquella situación que San Martín analizaba desde a bordo.

Flotaba entonces el desagravio que hubiera contra las mismas ideas generales de Artigas.

«Los que han dado el escándalo—decían—de arrojar el gobierno general que se hallaba constituído por el voto uniforme de las provincias, poniendo a la cabeza de las tropas destinadas a sostener el honor de la República, son los mismos que en 1814 pidieron a

Carlos IV un vástago de la casa de Borbón, para que se coronase Rey sobre nosotros; los mismos que en 1815 protestaron al Embajador Español en el Janeiro que si habían tomado intervención en las cosas de América, había sido con el objeto de asegurar mejor los derechos de su Magestad Católica; son los mismos que en 1816 nos vendieron a don Juan VI; son los mismos que en 1818 nos vendieron al Príncipe de Luca; son, finalmente, los autores de todas las desgracias, los que unicamente a costa de sangre, se han sostenido en el gobierno que expresamente han rechazado los pueblos».

San Martín pudo darse cuenta bien pronto de lo peligrosa que era aquella situación, y a fin de mantener la rigurosa neutralidad que sobre los sucesos se había impuesto, optó por regresar inmediatamente a Montevideo.

Permaneció cuatro días a bordo del «Chichester» frente a la rada de Buenos Aires, sin bajar a tierra, en virtud de que, según lo dijera el 8 de Febrero en carta dirigida al General Guido, podría dar la visita «armas a los charlatanes para interpretar su estadía»

Recibió en el buque el saludo de algunos amigos. Uno de ellos, el Coronel Manuel Olázabal, ha dejado escritas sus impresiones de entonces, del modo siguiente: «En 1829 el General llegó en el Paquete inglés a la rada

de Buenos Aires, bajo el nombre de José Matorras. La tarde del día en que llegó, lo supe por mi amigo el Sargento Mayor don Pedro Nolazco Alvarez de Condarco, con quien quedé de acuerdo en que de mañana temprano iríamos al Paquete, a tener el placer de abrazarlo. Esa noche avisé al General don Tomás Guido y me dió una carta para el General San Martín. Mi amigo Condarco no faltó a buscarme y nos pusimos en camino para el muelle, comprando al pasar por el Mercado un cajoncito de hermosos duraznos para llevarle, Nos embarcamos en una Ballenera y como a cincuenta varas del Paquete vimos aparecer recostado en la borda al General San Martín con la vista fija hacia nosotros. ¡ No es posible explicar las emociones de mi corazón al poner el pié en la cubierta del Paquete ! Basta decir que, cuando el General exclamó ¡ Hijo ! y me estrechó en sus brazos, mis ojos se llenaron de copiosas lágrimas... No fué él insensible a esta demostración de mi hondo y respetuoso amor, pues también sus ojos se arrasaron en lágrimas.

El General había engordado bastante. Su cabeza había encanecido, sus ojos siempre centellantes; su aspecto nada había perdido de cuando se presentaba ante sus Legiones para conducirlos a la victoria.

Vestía un levitón de sarasa que le llegaba cerca de los tobillos y estaba con zapatillas. Le dije que le llevaba una carta del General Guido, y me contestó: «Vamos a la Cámara» en que la leyó, y despues, con semblante pesaroso, me dijo: «Yo supe en Río Janeiro la revolución encabezada por Lavalle; en Montevideo, el fusilamiento del Gobernador Dorrego. Entonces me decidí a venir hasta Balizas, permanecer en el Paquete y por nada desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar y regresar a Europa. Mi sable..... nó..... Jamás se desenvainará en guerras civiles». Después me preguntó el estado del país. Concluída esta larga conversación, le dije: «Señor ¿ y como dejó V. E. a su niña Mercedita ?». Bien, queda en un colegio. ¡ Que diablos ! La chicuela era muy voluntariosa e insubordinada, ya se vé como educada por la abuela». [1]

Consecuente con la norma de no bajar a tierra, envió San Martín desde a bordo, al General Díaz Velez la siguiente comunicación:

«Balizas, Febrero 6 de 1829. — Señor Ministro Secretario General de la Provincia de Buenos Aires don José Miguel Díaz Velez. Mi apreciable amigo: A los cinco años justos de

---

(1) Memorias de Manuel Olázabal. 1.° de Enero de 1867.



GENERAL JOSÉ RONDEAU,

glorioso soldado de la Independencia, que otorgó grandes facilidades a San Martín durante su estadía en Montevideo.

separación del país, he regresado a él con el firme plan de concluir mis días en el retiro de una vida privada; más para esto contaba con la tranquilidad completa, que me suponía debía gozar nuestro país, pues sin este requisito sabía muy bien que todo hombre que ha figurado en la revolución, no podría prometérsela, por estricta que sea la neutralidad que quiera seguir en el choque de las opiniones. Así es que en vista del estado en que se encuentra nuestro país, y por otra parte no perteneciendo ni debiendo pertenecer a ninguno de los partidos en cuestión, he resuelto para conseguir este objeto pasar a Montevideo, desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto restablecimiento de la concordia. Por los papeles del Janeiro ví su nombramiento de Secretario General de la Provincia; para mi ningún empleo público es apreciable; mucho menos en tiempos tan agitados. Igualmente he visto el del General Brown, de Gobernador provisorio; yo no tengo el honor de conocerlo, pero como hijo del país me merecerá siempre eterno reconocimiento por los servicios tan señalados que le ha prestado. A mi salida para Europa, me parece dejé a Vd. una órden para mi administrador de Mendoza, con el objeto de que pusiera á su disposición un potro de los de mi cría; yo espero que él habrá cum-

plido mi órden con exactitud. Sea Vd. feliz si se puede ser en tales circunstancias y créame soy con los sentimientos de siempre, su invariable amigo y paisano. — José de San Martin».

Con esta carta pasó también el viajero la siguiente solicitud:

«Sr. Ministro Secretario General de la Provincia de Buenos Aires Dr. José Miguel Díaz Velez. El ciudadano que suscribe tiene la honra de dirigirse al Sr. Ministro Secretario General de la Provincia de Buenos Aires (y a efecto de que lo ponga en conocimiento del Sr. Gobernador Provisorio) en solicitud de un pasaporte para sí y un criado, a fín de poder pasar a la capital de Montevideo, en cuyo punto le fué imposible desembarcar por la premura con que el capitán del Paquete dió la vela. Este motivo me proporciona saludar al señor Secretario y ofrecerle mi más distinguida consideración. — Jose de San Martin».

Se ha dicho alguna vez queriendo atenuar en parte las injustas ofensas que en 1829 fuera objeto San Martín al arribar a la ribera de Buenos Aires, que recibió el cumplimiento de amigos que significaban ofertas para sacarle de la tirante situación económica en que se encontraba.

Sin detenernos a estudiar el alcance de la especie y donde ella nació, podemos en cambio consignar que todos los documentos examinados é informes de la época prueban lo contrario.

Los amigos que el héroe tenía en la capital argentina, es cierto que le hicieron ofrecimientos, pero son los que él mismo ha expuesto claramente a condición de que entrara a apuntalar aquella situación política horrible de que no tiene precedente la historia del Río de la Plata y que concluyó después de veinte años de lucha y de agotamiento en que se comprometió la misma estabilidad de los pueblos hermanos.

Fué por eso que al conocerse los propósitos firmes de San Martín de permanecer alejado de la arena ardiente del teatro de íos sucesos se le saludó con aquella cobarde epístola escrita por manos argentinas: « Ambigüedades. El General San Martín ha vuelto a su país a los cinco años de ausencia; pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el Emperador del Brasil».

Nadie que conozcamos hasta ahora le tendió la mano desde Buenos Aires para aliviarle de la situación económica por que pasaba y a no ser la acogida generosa y noble que le tributaron, para orgullo del Uruguay, los principales hombres de la Plaza de Montevideo, aquél se habría visto con dificultades para regresar a Europa.

Todos los documentos examinados y el análisis tranquilo de los sucesos de entonces, prueban que al simple anuncio de la llegada de

San Martín a esta ciudad, se le brindaron comodidades durante todo el tiempo que permaneciera en el Estado Oriental, siendo conveniente subrayar que aquellas pueden considerarse excepcionales, si se tiene en cuenta que en esos días existían todavía los recelos y la situación que provocaba la presencia de las tropas imperiales, como puede juzgarse por la actitud que se vió en el caso de adoptar a ese respecto el General Fructuoso Rivera.

En Buenos Aires nadie salió a la prensa y a la Plaza pública como se estilaba, a protestar contra tamaña injusticia cometida contra un veterano de la talla del General San Martín, pudiendo creerse, en presencia de lo enervante de las pasiones, que si alguno se hubiera atrevido a hacerlo contrariando aquel silencio cruel, hubiera recibido el castigo que tal desmande merecía.

El héroe pudo bien pronto darse cuenta que allí no podía permanecer; que le faltaban los amigos de otra época, como lo dijera con amarga tristeza en Montevideo, al después General José Augusto Posolo. [1]

---

[1] José Augusto Posolo fué el ayudante que el General Fructuoso Rivera puso a órdenes de San Martín durante el tiempo que permaneció en Montevideo. Ilustrado y valiente militar, fué Jefe del Detall en Rincón, Sarandí y las Misiones.

Convencido de ello y exasperado tal vez con los sucesos producidos que venían a comprometer la armonía y la libertad de los pueblos del Río de la Plata, alejando todavía una reacción en favor de su situación moral y pecuniaria, fué que dió rienda suelta el 13 de Abril de 1829 a sus sentimientos, pronunciando la sentencia: «Los autores del movimiento del 1.º de Diciembre—dijo—son Rivadavia y sus satélites, y a Vd. le consta los inmensos males que estos hombres han hecho, no solo a este país, sinó al resto de América, con su infernal conducta; si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres; pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un hombre de bien a un malvado».

Sin aceptar el criterio que al respecto sustentaba San Martín sobre los revolucionarios de Diciembre y sobre la personalidad moral de Rivadavia, sirven ellos sin embargo para dar idea de lo mucho que aún falta investigar para formar juicio definitivo sobre los hombres que actuaron en la revolución emancipadora.

Al día siguiente de escribir el Capitán de los Andes la solicitud al Ministro Dias Velez, recibió de éste el pasaporte para bajar en Montevideo.

Requirió ese recaudo, temeroso de que estando aún en la Plaza las fuerzas imperiales, pudieran molestarle, obligándole a visaciones injustificadas.

En la tarde del 12 de Febrero de 1829, el «Chichester» levó anclas en Buenos Aires, con rumbo a Montevideo.

Fué aquella la última vez que el héroe contempló la ribera de su patria.

III

En pleno verano y bajo el ardiente sol del 13 de Febrero de 1829, arribó el General San Martín a las playas orientales.

Montevideo recibió la visita con grandes muestras de satisfacción.

Hombres de la Independencia, soldados, políticos y diplomáticos del Uruguay rodearon a San Martín y, lo que es curioso, como prueba de la inmensa simpatía que su personalidad despertaba en el corazón oriental, hasta militares, ausentes en campaña, y de algún prestigio, enviaron sus saludos por emisarios, estableciendo uno de ellos, como se verá mas adelante, al mejor de sus Oficiales en calidad de ayudante del Libertador, durante todo el tiempo que éste permaneciera en la ciudad.

Se le brindaron a San Martín comodidades, dinero y lo que pudiera necesitar para cuando

dispusiera su regreso a Europa, que era el punto de sus miras.

Tan digno recibimiento del pueblo oriental aparecía entonces como una protesta por las injurias que el héroe había recibido por esos días en la otra orilla, y su realización estaba dentro del marco local de aquella época.

Se acababa de fundar la patria de los orientales y estaban allí presentes después de una lucha cruenta de veinte años, los mismos hombres que Artigas formara, y todos sabían con que altivez San Martín había sabido valorar la obra del vencedor en Las Piedras y con que altura moral juzgaba los actos y los sacrificios contraídos del mismo modo que lo hiciera desde Mendoza el 21 de Abril de 1815 al cumplirse el cuarto aniversario de la victoria de San José, cuando mostrara su complacencia a los hechos del Jefe de los Orientales. (1)

(1) Las cartas y documentos que publicamos como así mismo las manifestaciones formuladas por San Martín, dan idea de la sinceridad de la recepción que se hizo entonces y atestiguan la buena impresión dejada en el ánimo del Capitán de los Andes. La casualidad histórica ha querido que la mayoría de los hombres que acompañaron fielmente a Artigas fueran los que recibieran y colmaran de atenciones a San Martín. Figuran entre éstos, parientes del propio Artigas que nunca renegaron, apesar de los reveses de la suerte, la tradición que aquél había mantenido con verdadero heroísmo.

Por otra parte Artigas tuvo durante toda su vida y aún mismo en el curso de su actuación militar verdadera simpatía por la figura de San Martín considerándolo el fiel en la balanza política si ante él se medían los actos de su vida con los de sus irreconciliables enemigos.

Le batió dianas desde su campamento a los triunfos que el capitán de los Andes consechara en las quebradas de Chacabuco y Maipo y ya antes de entonces le había saludado por intermedio de su propio hermano Manuel Francisco Artigas cuando aquel diera el combate de San Lorenzo donde rindieron la vida dos soldados orientales formados al lado de su primo el héroe de Tacuarí y San José: Justo Germán Bermudez, noble hijo de la ciudad maragata y Ramón Anador el valiente cadete de Montevideo.

San Martín arribada, pues, el pueblo que le profesaba verdadera simpatía en momentos que si bien eran de intensa agitación política por los sucesos dolorosos ocurridos en Buenos Aires eran sin embargo de evidente regocijo por la consolidación de la independencia nacional.

El 13 de Febrero de 1829 entró, pues, al puerto de la ciudad que fundara Zabala el buque que traía tan ilustre visitante. Era un día viernes, de pleno verano en que las brisas bonanciles del mar hacen realmente agradable la permanencia en Montevideo.



CAPITAN DE MARINA ANTONIO ACOSTA Y LARA

Era Jefe de Punto y Comandante provisorio del Puerto cuando desembarcó San Martín, recibiéndolo afectuosamente.

No era una novedad para la Plaza el arribo del guerrero desde que pocos días antes se le viera pasar, esquivando honores, continuando viaje a las Balisas de Buenos Aires, por los motivos ya mencionados y con el firme propósito de volver de inmediato a la Capital del Uruguay.

Por aquel entonces era precaria la navegación de ultramar.

Hasta 1824 no había venido al Río de la Plata ninguna embarcación a vapor y la primera aparecida en Noviembre de ese año constituyó un acontecimiento, dándose el nombre del buque a dos casas de comercio de Montevideo entre ellas una fonda, la de « El Vapor » establecida por un inglés en la calle San Felipe (hoy Misiones) que mas tarde se transformó en hotel, con esa denominación, al pasar a poder de Jorge Palmer.

Luego llegaron otros y en 1835 arribó « La Potomac » hermosa nave norteamericana a vapor con procedencia de Baltimore que fué una novedad en el puerto.

Montevideo no tenía en esa época mas que un solo muelle para el atraque de las embarcaciones menores cuyo número fué de cuarenta y nueve desde Enero hasta Mayo de 1829, casi todos de navegación fluvial habiendo sido uno de los de mayor tráfico el Cuter

«Luisa» de José Murature destinado a ser gloria en la futura armada argentina. [1]

Los buques de ultramar fondeaban a veces fuera de la bahía teniéndose que hacer el transporte de las mercaderías en lanchones a vela, conducción onerosa por que quedaban a merced del viento, ya que no existían, entonces, remolcadores.

El muelle había sido construído por el Consulado en 1821 sustituyendo el viejo malecón levantado por los españoles cuarenta años antes, ocupando el mismo sitio del primitivo y conservando el tosco tablado proyectado por el Gobernador Olaguer y Feliu.

La Aduana la formaba el antiguo edificio colonial restaurado que aún existe en la calle Zabala entre Piedras y 25 de Agosto que vino a sustituír la que los portugueses establecieron en otro punto sobre la línea de la calle Piedras, cerca de Misiones.

Cuando el arribo de San Martín hacía poco tiempo que había abandonado las funciones el Comandante de marina, Capitán brasileño José Edgur, hombre de meritorios servicios al Imperio que imprimiera disciplina en lo que se refiere a reglamentación del tráfico portuario.

---

(1) Libros de la Aduana de Montevidoo.

Muchas de las disposiciones que Edgur había establecido fueron incorporadas luego al reglamento marítimo que tuvo su vigencia durante la entrada del Gobierno Patrio.

Había así por ejemplo dos disposiciones aduaneras que se cumplían con todo rigor salvo contadas excepciones entre las que posiblemente debe encontrarse el caso del General San Martín por la excepcionalidad del viajero y las atenciones tenidas con él por el comandante de marina que le recibiera.

Una de ellas exponía que «en el momento de fondear un buque que se reconozca ser extranjero se embarcará el inspector y se dirigirá a él con un guarda de los que se hallen en la casilla, según corresponda el turno, y examinarán atentamente si los bultos que se embarquen o desembarquen corresponden exactamente al permiso otorgado».

De manera que se establecía un doble control, a bordo y el que imponía la propia Aduana confiada al colector Manuel de Vidal y Medina, realizando a la vez la revisación de los bultos y equipajes.

Estas disposiciones se hacían para evitar trastornos graves en virtud de que fueron halladas partidas de pólvora clandestina y artículos bélicos, en distintas oportunidades, lo cual trajera intranquilidad entre los orientales radicados en la ciudad.

La otra disposición que resultaba cómica y que estaba fijada en un letrero visible, establecía lo siguiente: «No debiendo considerarse como equipaje, prenda alguna de vestuario, ni muebles que se conozcan estar sin uso, se tendrá mucho cuidado por el Resguardo, con los marineros que desembarquen, a quienes puede hacerse servir de instrumento para traer ropa hecha o en corte, sombreros, botas y otras cosas en hoja, con el objeto de irlas depositando en los almacenes de la ciudad; en el concepto de que las que se encuentren en este caso sin permiso, serán decomisadas».

Nada de esto tuvo aplicabilidad con el viaje del General San Martín a Montevideo y la excepción constituye un timbre de honor para quienes la dictaron a parte de que dá idea de la alta simpatía que su personalidad despertaba en la Plaza.

Pudo aquel desembarcar libre de obstáculos, entregándose en brazos de los amigos y camaradas que con verdadero afecto lo recibían.

Ejercía en esos momentos las funciones de Comandante Provisorio de Marina un hombre por cierto distinguido y de meritorios servicios prestados a la ciudad.

Tocóle relevar al Capitán José Edgur cuando se enarbolara el 1.º de Enero de 1829 el Pabellón Oriental y a no mediar el viaje que

por aquellos días se viera en la necesidad de hacer a campaña le habría cabido en suerte recibir en dicho punto a San Martín,—como le tocó luego despedirlo para siempre cuando su retorno a Europa,—a Pablo Zufriategui, uno de los Treinta y Tres, que habiendo renunciado de representante del nuevo Estado el 7 de ese mes había sido nombrado para el cargo de Capitán del Puerto, por decreto de Rondeau, dictado dos días después de esa fecha en unión del Teniente de marina Isaac Trápani que, por una casualidad, estaba presente cuando el arribo del vencedor en Chacabuco.

Era ese hombre Antonio Acosta y Lara, cuyos rasgos generales de su vida vamos a trazar para sacarlo del olvido en que ha yacido.

Figura esencialmente culta y atrayente. Nacido en Sevilla (España) en 1783 de padres nobles: Antonio Acosta y María de Lara, ingresó muy jóven al Colegio de San Telmo, situado en Sevilla, escuela naval famosa de donde salieron distinguidos marinos españoles.

En Octubre de 1802 obtuviera el grado de pilotín de número de la armada española y con él se lanzó a la carrera de su predilecta devoción.

Enviado en la Santa María, en viaje de exploración al Río de la Plata se encontró en el naufragio de esa nave, acaecido en la costas de Santa Teresa. Auxiliado en Maldonado por el Capitán de milicias Juan Mendoza, ca-

sóse en 1809 con una hija de este militar, Francisca Mendoza y Estremeras, dando a la Provincia Oriental la sucesión que lleva su apellido. [1]

Grandes fueron los servicios que Antonio Acosta y Lara prestó al Uruguay. En 1810 por mandato del Brigadier de la Real Armada

(1) Juan Mendoza fué un meritorio patriota vinculado a Manuel Francisco Artigas y al cura Manuel M. Alberti revolucionario de Mayo. Tenía casa en Pan de Azúcar, en la que residió en su infancia el después General Hilarión de la Quintana, cuyo padre era amigo de Mendoza.

Maldonado tuvo durante el final del Siglo XVIII gran importancia como apostadero naval habiendo sido Antonio Acosta y Lara Jefe del mismo. Allí ensayó y puso en práctica un sistema de señales marítimas que estuvieron por mucho tiempo en práctica para la navegación del Río de la Plata. Explica la importancia de Maldonado el hecho de que todavía en 1852, después de concluída la Guerra Grande tenía una población departamental de 9.733 habitantes, mayor que las de Soriano, Minas, Colonia, Florida, Tacuarembó, Paysandú y San José. Era la tercera población del Estado Oriental después de Canelones. Viejos marinos españoles han considerado a Maldonado con fundamento el primer puerto intermedio de la América del Sud, sobre el Atlántico desde la Barra Norte de Río Grande hasta el Río de la Plata, por la profundidad del mar y lo abrigado de la ensenada. En poder de la familia Acosta y Lara existe todavía el catalejo que perteneció al glorioso marino que fuera tronco fundador de ella en el Uruguay.

José María Salzar se puso a órdenes del coronel Francisco Xavier de Viana para hacer relevamientos en Maldonado, nombrándosele entonces segundo piloto de la Armada del Departamento de Cadiz.

Allí en Maldonado conoció al glorioso sacerdote Manuel M. Alberti cura de la Parroquia entonces, llamado a ser prócer de Mayo y con el cual intimara haciéndose sospechoso por sus ideas republicanas.

Pero el rasgo tal vez más saliente de su vida de marino es la que tiene relación con las invasiones inglesas por las cuales cayó prisionero y expuso su vida con verdadero heroísmo.

Comprometido y acusado, dadas sus vinculaciones con los revolucionarios de Mayo fué aprendido, sufriendo la miseria del calabozo, y recibiendo de vez en cuando el único auxilio que le brindaba la familia de Escalada que era de su relación y con la cual había de vincularse el General San Martín.

En 1806 hallándose Acosta y Lara en Maldonado divisó desde la torre del Vigía la llegada de las naves inglesas.

Lanzó chasques de inmediato a Montevideo poniendo de manifiesto la gravedad de la situación y a sus informes, se debieron tal vez las medidas preliminares de defensa que fué posible adoptar para contener el empuje avasallador de las fuerzas británicas.

Producida la revolución oriental de 1811 que iniciara Artigas, simpatizó con ella de corazón. Prestó contingentes a la división de Maldonado y Minas, que organizara Manuel Francisco Artigas, enconado posiblemente con las ingratitudes que para con él habían tenido los españoles no obstante la importancia de sus servicios a la corona de Castilla.

La casualidad se le presentó, pués, en 1829 a Acosta y Lara para retribuir a San Martín los rasgos de hidalguía que tuvieran para con él la familia del ilustre visitante.

A pesar de todo lo que pudo y debió realizar Acosta y Lara, personalmente, para hacer agradable la visita del vencedor de Maipo a Montevideo, es justo dejar consignado que aquel tenía orden de Rondeau que entonces se hallaba en Canelones al frente del Gobierno provisorio del nuevo Estado, de presentarle a San Martín el saludo oficial y hacerle las ofertas que era dado llevar á cabo.

La información de la época permite consignar que ya, antes de entonces, el Capitán Acosta y Lara, en el interés de que «el desembarco de los viajeros oficiales o vinculados a la Plaza se efectuara de modo decoroso» había mandado preparar una «chalupa en buen estado» de lo que puede deducirse que San Martín usó de esa franquicia al abandonar el «Chichester» después de ochenta y dos días de permanencia a bordo.



CANÓNIGO PEDRO P. VIDAL,

que recomendó a su familia de Montevideo se atendiera debidamente al General San Martín.

CAPITULO II

DESEMBARCO DE SAN MARTIN EN LA PATRIA DE ARTIGAS

SUMARIO. — *Llegada del « Chichester » a Montevideo. Desembarco del guerrero. Criado que acompañaba a San Martín y nombre que dá aquél para ser reconocido. Pintura de la Aduana de la Ciudad. El ambiente colonial. Atenciones que se tienen con el héroe. El canónigo Pedro P. Vidal. Rasgos biográficos de su personalidad. Ofrecimiento y gestiones generosas que hace Vidal para que se atienda al Capitán de los Andes en Montevideo. Actitud patriótica de Gabriel A. Pereira. Lo que realiza para que San Martín sea atendido debidamente. Pone a su disposición su casa para que el héroe se aloje, sirvientes y carruaje. Donde se aloja San Martín en los primeros momentos de la llegada. El café y pensión de Carreras. Simpática actitud de Juan Antonio Lavalleja. Visita que hace a San Martín. Carta del ex-Cabildante Santiago Sainz de la Maza dando cuenta del recibimiento que se hace al guerrero. La Asamblea Legislativa instalada en la Capilla de la Aguada. Local del Gobierno provisorio oriental. Visitas que hace el General San Martín. El Cementerio del Reducto y el Cuartel provisorio*

de Garzón. Fiestas militares a las que concurre el guerrero argentino. Modo generoso como se conduce el General Eugenio Garzón. Pone a órdenes de San Martín un Ayudante para que lo acompañe. Vida que hace San Martín en Montevideo Forma generosa en que lo tratan los orientales. La llegada de los Generales Balcarce y Martínez (Enrique) coincide con la estadía de San Martín en Montevideo. Rasgos nobles de Rondeau y Garzón. Impresiones de la época.

Tenía San Martín 48 años de edad cuando arribara a las playas de Montevideo. (1)

Carácter esencialmente modesto trató desde su llegada de esquivar todo homenaje en el interés de que pasara inadvertida su presencia en la Capital Oriental.

Sin embargo, no pudo conseguir ese deseo. Se vió en el caso ante las atenciones que se le prodigaron de dar rienda suelta a su espíritu para poder corresponder al cúmulo de amabilidades que los hombres de la Plaza le brindaron testimoniándole verdadera simpatía.

---

(1) Tomamos, por ser hasta ahora lo más exacto que existe, como punto de partida atestiguando el natalicio de San Martín, los datos que ha publicado el doctor Pradere. La partida de esponsales de aquel glorioso militar informa que éste nació en Yapeyú (Misiones) en 1781.

Venía acompañado de un criado llamado Eusebio Soto, según así informa la anotación dejada en los libros respectivos de la Aduana de Montevideo y que parece ser por la coincidencia del nombre el mismo «muchacho Eusebio que tenía la importante comisión de tirar de una carguita, con la cama, un baulito y provisiones de boca», cuando el héroe llegara a Valparaíso en Octubre de 1822 después de su retorno del Perú. (1)

Eusebio Soto declaró en 1829 que tenía 24 años de edad, lo que permite suponer que fuera el mismo sirviente de confianza, sumamente jóven, que cruzara las quebradas chilenas en compañía del guerrero cuando éste hiciera la estadía en los Baños de Cauquerres, buscando alibio al reumatismo que le persiguiera durante todo el resto de su vida, inutilizándole en algunas ocasiones el brazo izquierdo.

La Colecturía de la Aduana de Montevideo estaba entonces a cargo de Manuel Vidal y Medina.

Hombre con grandes vinculaciones en ambas orillas del Plata y de actuación en determinado momento, conocía perfectamente la excepcionalidad de los méritos de San Martín y la necesidad que había, por razones de pa-

---

(1) Carta de San Martín de 17 de Octubre de 1822 dirigida a Tomás Guido desde Valparaíso.

triotismo, de hacerle agradable su tránsito por la Ciudad Oriental.

Integraba, además, el personal aduanero, Ramón de Acha, viejo patriota de meritorios servicios que ha dejado escrita una relación de sus antecedentes y actuación administrativa, de la que se deduce que fué en un tiempo de los principales organizadores del régimen aduanero cuando el Estado Oriental se incorporó a la vida independiente.

Los antecedentes examinados dejan la impresión de que San Martín al llegar el «Chichester» a la rada de Buenos Aires hizo lo posible por ponerse en correspondencia con un sacerdote oriental, radicado en San Isidro, que hemos mencionado en el capítulo anterior.

Era el canónigo Pedro P. Vidal, cuñado de Gabriel Antonio Pereira que fuera Presidente de la República del Uruguay, en 1856.

Figura interesante en la política del Río de la Plata, actuó en la Asamblea General Constituyente de 1813 como representante de la Provincia de Jujuy.

Estudiante aventajado en la Universidad de Córdoba, se hallaba en 1829 radicado en San Isidro, por razones de su ministerio, de cuyo punto habían partido cuatro años antes los cruzados que acompañaron a Juan Antonio Lavalleja en la inmortal campaña, a la que no fuera ajena el canónigo Vidal por las vin-

culaciones que tenía con Pereyra, signatario del acta labrada en la Florida, el 25 de Agosto de 1825. ([1])

([1]) El Canónigo Pedro P. Vidal favoreció con su patriotismo la empresa gloriosa de los Treinta y Tres y trató con los medios a su alcance de que se recompensara, más tarde, a los que habían colaborado en la redención de la patria.

En la misma forma se encontraba Carlos Vidal quien era diputado en la Cámara de Representantes de 1833 del primer gobierno de Rivera, que integraban hombres como Roque Graceras, Alejandro Chucarro, Julián Alvárez, Juan P. y Silvestre Blanco, Gadea y otros, en cuya sesión del 22 de Marzo se incluía un proyecto otorgando un crédito de $ 14.000 que luego se votó a Pascual Costa, amigo personal de Rivera, y que según afirmaba la Comisión de Hacienda de ese Cuerpo procedía « De los auxilios prestados para la expedición de los Treinta y Tres que produjo la libertad y la existencia de nuestra República; origen tan sagrado, bien sea que se considere el riesgo y el patriotismo que lo animaron. El señor Costa consagró una parte de su fortuna para probar la de una tentativa, la más aventurada en favor de la República, que debe a esa empresa su existencia ». (Diario de Sesiones de 1833 pág. 677 y siguientes).

Ya antes de entonces el 25 de Diciembre de 1830 el Canónigo Vidal había recomendado a su hermano político Gabriel A. Pereira el crédito de Costa diciéndole: « El Gobierno no puede ser indiferente con el que facilitó los primeros auxilios al suelo patrio de su vergonzosa esclavitud ». (Documentos del archivo de Pereira, años 1821 a 1860 Pág. 83).

Espíritu culto, con tendencias aristocráticas, que le llevaban a ser árbitro por sus maneras avanzadas en los salones de la sociedad porteña, a los que concurría sin ambajes y con entera despreocupación, donde tenía reputación por su carácter refinado.

Desde jóven tuviera inclinación por la pintura, modalidad que le obligara a ser rico poseedor de cuadros y gobelinos, adquiriendo renombre como seleccionador de objetos de arte, en los cuales invirtiera una fortuna.

Tenía rarezas en su vida de sacerdote que le llevaban a veces al polo opuesto de su misma profesión, inclinación propia de un carácter original y absoluto, que le había aislado de algunos amigos, mucho más cuando Vidal por su misma posición no trataba de retroceder buscando reconciliaciones, convencido de que no iba a necesitar favores. (1)

---

(1) Antonio N. Pereira, sobrino del canónigo Vidal e hijo de Gabriel A. Pereira nos ha trasmitido informes interesantes sobre el carácter del canónigo durante las largas pláticas que, sobre historia del Río de la Plata manteníamos amenudo.

El canónigo había sido, según Pereira, en 1811, partidario de Artigas, acompañando el movimiento revolucionario de entonces, con verdadera simpatía.

Influenciado tal vez por Carlos de Alvear, a quien le debía atenciones y parece le iniciara en la carrera política dentro de las Provincias Unidas del Sud, se pasara a las filas opositoras del caudillo oriental.

Lo más hermoso de su alma que constituía una virtud, era ser amigo de sus amigos y a ellos se entregaba en cuerpo entero con toda sinceridad, interpretando los dictados de su corazón generoso.

Nacido en Montevideo en la época colonial fué adverso sin embargo a la dominación es-

---

A eso se debe la actitud que adopta en la Asamblea General Constituyente de 1813, sobre todo en la sesión del 11 de Junio, donde se despacha injustamente, dado su carácter violento, contra Artigas.

Su cuñado, Gabriel A. Pereira le reprochó muchas veces esa inconsecuencia y falta de consideración sobre todo cuando el canónigo Vidal se quejaba de las ingratitudes que había sufrido a quienes sirviera y que integraban el grupo a que pertenecía.

La enemistad del canónigo con Artigas surgió, según narraba Pereira, de una « gracia » que aquél acostumbraba a cometer y que el caudillo le reprochó severamente. Desde entonces, se produjo el distanciamiento que llegó hasta en la familia Villagrán, a la cual los dos se hallaban vinculados por lazos de parentezco.

Esas « gracias » de Vidal, eran una verdadera manía impropias en un sacerdote, que le acarrearon muchas antipatías y le restaron prestigio no obstante su talento y buen corazón.

Sirvió más tarde con el general Fructuoso Rivera que había sido soldado de Artigas, apesar de haber injuriado antes Vidal a los hombres que fueran sostenedores del caudillo y falleció en plena Guerra Grande, todavía jóven, cuando podía prestar meritorios servicios a la patria que amaba y enaltecía con sus acciones generosas.

pañola, ideas que incubó durante su permanencia en Córdoba tal vez inspiradas por el Dean Funes, que había sido su profesor y consejero.

Estudió en aquella universidad con diferencia de tiempo que José Longino Ellauri, constituyente oriental de 1830. ([1]) recibien-

---

([1]) El investigador oriental Dardo Estrada puso en duda en su biografía sobre José Ellauri (1919) (Pág. 40) que éste hubiese estudiado en Córdoba. Sin embargo es perfectamente exacto y lo hemos comprobado en aquella ciudad argentina.

El presbítero y distinguido historiador cordobés doctor Pablo Cabrera, nos facilitó los documentos pertinentes y otros que tienen relación con estudios realizados en Córdoba por sacerdotes orientales.

Antonio N. Pereira, había afirmado yá en su obra « Nuevas cosas de antaño » (1898) que José Ellauri se había graduado en Córdoba, por habérselo oído a éste mismo, lo cual alejaba la duda que Estrada no quiso tomar en cuenta.

En la Universidad de Córdoba existe la constancia de los exámenes que rindió José Longino Ellauri, que fué el nombre con que se inscribió como estudiante en virtud de haber sido bautizado en Montevideo en el día que consagra aquel nombre patronal.

El 30 de Abril de 1834 (a los 5 años justos de la visita de San Martín a Montevideo) la ciudad de Buenos Aires estremecida aún por los sacudimientos que había sufrido, se enteró de un suceso acaecido en la noche anterior, que llenó de pavor a los espíritus: en las inmediaciones de la Plaza Victoria, en la calle La Plata (hoy Rivadavia) seis hombres a caballo, emponchados



La Iglesia Mayor de Montevideo,

n la época en que San Martín visitó Montevideo y a la que concurría los domingos y días festivos a oir misa

do la instrucción que le llevara a ejercer su ministerio, por cuya carrera tuviera devoción siendo muy niño.

---

y armados, asaltaron el domicilio del canónigo Pedro P. Vidal, miembro de la Sala de Representantes y prorrumpiendo gritos descargaron sus tercerolas sobre el jóven Esteban Badlan, empleado en la Secretaría del Gobernador Viamonte, que cayó muerto acribillado a balazos. Los asesinos retiráronse tranquilamente al tranco de sus caballos, a dar cuenta de su cometido a doña Encarnación Ezcurra de Rozas, de cuya casa habían salido y la heroína de la Federación encantada con su obra, escribía a su compañero: « Tuvieron muy buen efecto los balazos y el alboroto que hice hacer el 29 del pasado, pues a eso se ha debido que se vaya a su tierra el fascineroso canónigo Vidal ».

(Carlos Ibarguren. Manuela Rozas y su ambiente histórico).

Este hecho vandálico obligó más tarde la vuelta del canónigo Vidal al Uruguay. Para asegurar su situación aquél le escribía entonces a su hermano político el señor Gabriel A. Pereira, lo siguiente: « Querido Gabriel. Sin comprometerme a ningún desaire, puedes y debes moverlo y comprometerlo a que obre; porque ésto es de tu inmediato y privativo resorte y nada tienen que ver las Cámaras en la presentación, siendo excusado añadir después que se sabe que he prestado servicios por doce años a la patria, y que soy oriundo de ese lado y que tengo todas las cualidades que rigen la Constitución para ser empleado de él. Recibe el invariable afecto de éste tu hermano. — PEDRO P. VIDAL, (Canónigo) ».

(Correspondencia confidencial y política de Gabriel A. Pereira).

El General San Martín le había seducido desde su entrada al ejército de las Provincias Unidas del Sud.

Fué en la casa de Antonio José de Escalada, a la cual era frecuente tertuliano, donde conoció a San Martín y al después General Carlos de Alvear, vinculándose de tal modo a ambos que no le arredraba para ello las distintas posiciones que éstos llegaron a ocupar en el escenario político del Río de la Plata.

Era «alvearista» por principios pero ad mirador de San Martín por la trascendencia de la obra realizada, de la cual era un verdadero enamorado y uno de sus más sinceros amigos como lo evidenciara en aquellos días de 1829.

San Martín correspondía a la sinceridad y al afecto que le profesaba el canónigo Vidal.

Es así que apenas llegó el «Chichester» a la rada de Buenos Aires trató aquel de buscar el medio aparente para conseguir una estada alejada de Montevideo, ó en los suburbios de esta ciudad, en el interés posiblemente de apartarlo de los actos a que dió lugar el retiro de las tropas imperiales que todavía estaban allí y obligaban al éxodo de muchas familias patriotas que no veían llegar las últimas horas de aquella opresora dominación para regresar al solar querido.

Nadie estaba entonces en mejor situación que Vidal para corresponder a ese deseo de la

amistad y a eso obedece la manifestación que éste formula en carta del 19 de Febrero de 1829 que publicamos mas adelante, cuando al hacer la recomendación a su hermano político le «advierte el compromiso en que estaba de facilitar al general San Martín los auxilios que necesitara».

Vidal tal vez ha de haber estado a bordo del «Chichester» en aquellos días, solucionando los detalles indispensables para el fácil arribo del guerrero a Montevideo, tranquilizándole respecto a que no tuviera duda de que iba a ser bien recibido y haciéndole concebir lisonjeras esperanzas para romper aquella indiferencia cruel e injustificada del pueblo de Buenos Aires, que le tenía mortificado y en situación de irse lo más pronto posible.

El desembarco lo hizo San Martín, en Montevideo, sin el menor inconveniente.

Una vez en tierra y listos los equipajes, dejó éstos en un modesto café-restaurant y pensión conocido por de Carreras, que era lo mejor que entonces existía en la ciudad, por su buena ubicación.

Se hallaba situado en la Plaza Matriz y era su propietario Domingo de las Carreras, tronco de una vieja familia oriental. Su instalación data de 1822, época de la dominación portuguesa, en cuyo año Carreras abona la primer patente para establecer Café, en la propiedad

de la hoy calle Rincón, entre Juan Carlos Gómez e Ituzaingó.

Más tarde, en 1827, amplía el negocio instalando restaurant y casa de hospedaje, con frente mismo a la Plaza Matriz, costado Norte. [1]

La finca era una de las mejores que existían en el paraje. Constaba de dos pisos, con un anexo por el lado Oeste, que tenía techo a la portuguesa y parece ser la destinada a pequeño hotel.

Fué allí precisamente donde se albergó en los primeros momentos de su llegada, el General San Martín, y en cuyo sitio había de permanecer poco tiempo, circunstancia que fué aprovechada ignominiosamente por los enemigos que aquel tenía en Buenos Aires, para hacer creer que el ilustre militar había sido recibido friamente en Montevideo, envolviendo en la calumnia a verdaderos amigos que se adelantaron a desvirtuar tan malevolente especie.

El motivo determinante de ese hecho tuvo su explicación. San Martín, por la razón an-

---

[1] El doctor Carlos Ferrés, en su erudito y paciente trabajo, « La Compañía de Jesús en Montevideo » (1919) menciona a Domingo Carreras haciendo ofertas para llegar a ser propietario de uno de los lotes de terreno situados frente a la Plaza Matriz.

tes señalada, no quería permanecer dentro de la Plaza.

La gestión que el canónigo Vidal había realizado en ese sentido ante sus parientes de Montevideo «para buscarle una casa bien en esa o en los suburbios» sufrió un entorpecimiento de varios días por razones explicables solo a los graves sucesos que por ese entonces se desarrollaron en la provincia de Buenos Aires y que paralizaron momentáneamente la salida de algunos buques del puerto argentino.

La carta que figura a continuación, instruye de la forma hermosa en que se condujo el canónigo Vidal.

«San Isidro, 19 de Febrero de 1829. — Señor Gabriel Pereira. Querido hermano. La prisa con que cerré la carta que te dirigí con el criado motivó la equivocación que padecí, sobre cargando más de las que había escrito para Buenos Aires, en razón de lo que había de ponerte. El objeto de la mía era para manifestar el compromiso en que estaba de facilitar al General San Martín *los auxilios que necesite y una casa bien en esa o en los suburbios*, si era que prefería una u otra cosa, en que habitase el corto tiempo que piensa permanecer en esa. El (San Martín) es hombre en extremo frugal y enemigo de todo fausto y etiqueta y es que sin la recomendación de algunos amigos, no pasaría del silencio su lle-

gada a esa, y debo por lo tanto servirlo y complacerlo. Por mí calculo que su viaje debe tener objeto de gran interés, más esto es reconocido; luego que supe te hallabas afuera por tu criado, tenida ya escrita la mía, y dispuesto que Venancio la llevase pronto; no podría llenar mi deseo, pero sin embargo que la mandaba por si desde la chacra querías encargar a algún amigo aquella diligencia. Frustrado este objeto por la equivocación producida, es preciso justificar de algún modo la equivocación padecida involuntariamente, y es por ésto *que te ruego le invites en mi nombre y le hagas las ofertas más francas.* A Daniel le digo lo mismo que puede franquearle la casa tuya porque se que está viviendo en una posada y si prefiere vivir fuera en tanto que las tropas imperiales no evacúan esa Plaza. Espero que le franquées tu Saladero o le facilites alguna casa, si le acomodase la que ocupó el General Rondeau, *en la confianza que yo pagaré su arrendamiento.*

El tiempo lluvioso y con cariños a Dolorcitas, muchos besos a mis sobrinos, recibe el invariable afecto de tu apreciable hermano. —PEDRO P. VIDAL, (Canónigo)». (1)

---

(1) Archivo de Gabriel A. Pereira. El Saladero a que aludía la comunicación del canónigo Vidal, integraba la hermosa residencia que fué del Presidente

Como se vé, era una generosa recomendación la que Vidal dirigía en tales momentos, digna del temple de aquellos hombres de la época, pero por fortuna el General San Martín, no obstante hallarse todavía la Plaza ocupada por las tropas imperiales y encontrarse fuera de muros las principales familias orientales, no necesitó para ser alojado dignamente en el Uruguay, más que las credenciales que atestiguaban sus grandes servicios prestados a la Independencia Americana.

Fué así que al recibir Gabriel A. Pereira la recomendación del canónigo Vidal, se apresuró a contestarla delmodo siguiente:

« Montevideo, Febrero 22 de 1829. — Señor Canónigo Pedro P. Vidal. Querido hermano. Recibí tu apreciable del 19 del corriente. Impuesto del contenido debo decirte ser inexacto que el General San Martín esté parando en una posada, informes que atribuyo dados por los enemigos que tiene en Buenos Aires que desean verle humillado. ¡ Que crueldad ! Tu sabes bien que aunque los portugueses no han

---

Pereira, donde se instaló la primer Escuela de Veterinaria de Montevideo (calle Rivera y Muchas Puertas). Constituía un verdadero parque hasta el fallecimiento de Antonio N. Pereira que fué su último poseedor. El parque de los Aliados forma parte del terreno que ocupaba el antiguo Saladero del padre de Gabriel A. Pereira, que era cuñado del General Artigas.

salido todavía de la Plaza no podía faltar al General San Martín protección, y a tiempo se tomó aquí lo necesario para que permanezca cómodamente. Es muy visitado. Yo ofrecíle mi casa del Saladero por si quisiera estar afuera mientras están los portugueses, con criados y coche para que haga diligencias. Daniel, a quien le avisé, lo visitó como yo, pero él está ahora cómodo y agradecido. Los sucesos de Buenos Aires le tienen atormentado y agriado como cuadra a un hombre de sus servicios; puedes estar tranquilo que el General San Martín será tratado como merece. Recuerdos de Dolorcitas y de todos los tuyos, y tú recibe el cariño de tu hermano. — GABRIEL A. PEREIRA. (1)

Hay en la situación que plantean los documentos transcriptos, el verdadero reflejo de la modalidad de aquellos hombres del pasado, todo bondad y desinterés.

Daniel L. Vidal era hermano del canónigo de este apellido.

Integraba desde 1826 el grupo aristocrático que en la Asamblea Representativa de la provincia Oriental sostenía los principios absorbentes de Rivadavia contra la tendencia popular y regional que apoyaba en gran parte el General Juan Antonio Lavalleja, a la que

(1) Archivo de Gabriel A. Pereira.



Gabriel A. Pereira,

prócer de la Independencia que dió grandes facilidades a San Martín haciéndo agradable la permanencia de éste en Montevideo.

no fuera ajeno el propio Comandante Manuel Oribe.

Basta penetrarse ligeramente de los acontecimientos que se habían producido en la Asamblea de Canelones, para tener una idea cabal de la forma en que los rivadavianos actuaban entonces.

Sin embargo, divididos como estaban esos hombres por las ideas del momento, no obstante ser San Martín adversario decidido de la política del Presidente de Buenos Aires, no tenían reparo en rodear aquella personalidad y brindarle atenciones que podían acarrearles sospechas de inconsecuencia e intrigas, sobre todo en aquellos días en que estaba fresco el rencor provocado por las declaraciones que había hecho desde el Manga el 23 de Agosto de 1828 el Comandante Manuel Oribe, en el que acusaba, con su carácter violento, la actitud asumida por Daniel L. Vidal que envolvía por su trascendencia a miembros de la familia de éste. ([1])

Era entonces Gabriel A. Pereira una de las personalidades mas salientes del Uruguay. Nacido en Montevideo, a fines del Siglo XVIII del matrimonio de María Villagrán cuñada y prima a la vez del General José Artigas, con

([1]) Memorial del Comandante Manuel Oribe, de 23 de Agosto de 1828.

Antonio Pereira, de origen español, poseedor de una de las fortunas más sólidas que tuviera el país durante el primer tercio del Siglo pasado.

Fuera el hijo único de ese matrimonio y sobre el que gravitaría tan considerable legado que acrecentó en su larga existencia.

Contrajera nupcias siendo jóven con Dolores Vidal, hermana del canónigo oriental de este apellido, y entrara a disponer de la yá cuantiosa fortuna materna por testamento que María Villagrán hiciera el 22 de Enero de 1814 ante el escribano Domingo Bianqui.

De temperamento generoso, basta conocer la enorme correspondencia compilada y dispersa que ha dejado de su actuación pública y privada para comprobar que Pereira fué durante más de treinta años el «paño de lágrimas» de muchos hombres del Río de la Plata a los que no escapan argentinos ilustres que han tenido relevante actuación política y militar. (1)

---

(1) Montevideo, Octubre 25 de 1839. — Sr. don Gabriel Pereira: Mi apreciable señor y amigo. Los apuros en que me encuentro me han puesto en la necesidad de ocupar por primera-vez al Gobierno y espero que el señor don Gabriel Pereira me servirá en esta ocasión, a cuyo favor será siempre reconocido su amigo y servidor. Q.B.S.M. — General Martín Rodríguez.

Casi un niño se incorporó a las filas libertadoras de su tío el General Artigas, figurando

---

Montevideo Mayo 3 de 1838. — Sr. D., Gabriel A. Pereira. Muy estimado señor mío: Mi posición es tan cruel que, aunque no me reconozco con títulos para molestar a Vd. en el caso en que me veo no queda otro recurso.............. Me he visto precisado a entrar en estas minucias sírvase excusarme y disponga de su afectísimo servidor Q.B.S.M. — GENERAL TOMÁS DE IRIARTE.

Montevideo, Enero de 1840. — Estimado don Gabriel. Cuanto le agradezco el servicio que me ha hecho, sacándome de los apuros en que me encuentro. — Fíado en su generosidad.......................

Tenga la bondad de ponerme a las órdenes de doña Dolores y ordene a su affm. amigo. — GENERAL FÉLIX OLAZABAL.

Buenos Aires, Noviembre 22 de 1838. — Sr. don Gabriel A. Pereira. Mi apreciado amigo: El señor don Mariano Balcarce (futuro yerno del General San Martín) será quien entregará a Vd. esta carta. Es mi amigo y un sujeto digno de consideración por sus excelentes cualidades y conociendo prácticamente la estimación que siempre lo han reconocido mis recomendados, me tomo la confianza de franquear mi propio movimiento al señor Balcarce esta recomendación para que pueda ocupar a Vd. en esa, en cualquier cosa que llegase a ofrecerle allí durante su permanencia. Sé que usted la llenará del mejor modo y por ésto es que me anticipo á agradecerle cualquier distinción y con la mayor consideración y sinceridad su amigo. — GABRIEL OCAMPO.

(Archivo de Gabriel A. Pereira).

ya en 1813 como representante en el Congreso del Peñarol.

Fué durante toda su vida un ardiente artiguista y tocóle desempeñando la Presidencia de la República, recibir los restos del caudillo oriental cuando llegaron del Paraguay e inhumarlos por su órden, provisoriamente, en el sepulcro de la familia.

Barón Consular como se le llamara por lo dilatado y lo extraordinario de los servicios en favor de la patria ([1]) apena el alma encontrarlo participando en aquella situación tan tristemente epilogada en 1858 de la que se sentía arrepentido en su melancólica vejez,

---

([1]) Señor don Gabriel A. Pereira. Mi respetable y qurido amigo: Tengo otros motivos especiales para celebrar la elevación de usted y uno de ellos es el recuerdo de que Vd., el finado patriota Echevarriarza y yo, los tres solos, acordamos poner y pusimos el día 4 de Octubre de 1822, la primera piedra sobre que cimentó la reconquista de la Independencia de nuestra patria.

El pronunciamiento de aquel día nos trajo el 19 de Abril de 1825; la inmortal acta del 25 de Agosto que firmó usted y no yo, por estar prisionero; el Rincón, Sarandí, Ituzaingó, La Paz y la Independencia de nuestra tierra.

Acepte usted, pues, mis cordiales parabienes y disponga como guste de su affm. amigo. — FRANCISCO S. DE ANTUÑA, Montevideo Marzo 5 de 1856.

(Archivo de Gabriel A. Pereira)

al contemplar el ocaso frío deparado siempre a los grandes errores.

Estuvo en 1829 a la altura de su espíritu con aquella generosidad y nobleza de que dieron prueba acabada los años de su mejor juventud, en forma tan elevada que parece hubiera querido dejar plasmado con rasgo tan saliente el afecto que los orientales sentían por la personalidad de San Martín.

II

El Uruguay se hallaba en esos momentos en el período de su organización política.

Había nacido a la vida independiente después de un contínuo guerrear de diez y ocho años, quedando su población reducida a sesenta mil habitantes, de la cual cerca de diez mil había sido tomada por el Imperio para servir bajo las armas y a la custodia de sus cuantiosos intereses que eran la recompensa obligada del conquistador.

El 1.º de Diciembre de 1828, dos meses antes del arribo de San Martín al Río de la Plata, se había constituído en la Villa de San José, *la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado.*

La elección de Gobernador provisorio, había recaído en el General José Rondeau, glorioso soldado, oriental por elección, que tenía

en su haber los lauros del Cerrito, conquistados el 31 de Diciembre de 1812 contra la dominación española y una larga actuación al frente de los mas altos cargos directivos de las Provincias Unidas del Sud.

Amigo personal de San Martín, había estado sin embargo apuntalando situaciones políticas que no eran del todo satisfactorias a la opinión de aquel, pero esos hechos, dado el modo de ser de aquellos hombres, no provocaban rencores que obligaban al enojo definitivo.

Por consiguiente, tratándose de una figura tan destacada como San Martín, hubiera sido una actitud censurable, injustificada en un hombre ecuánime como Rondeau, no franquearle a aquel guerrero todo lo que estuviera á su alcance, para hacerle grata la estadía en Montevideo.

Fué por eso que apenas supo Rondeau la noticia de la llegada de San Martín, trató de cumplimentarlo, poniéndole bajo sus órdenes a uno de sus mejores ayudantes, el Capitán Hermenegildo de la Fuente.

Silvestre Blanco, desempeñaba la Presidencia de la Asamblea Legislativa. La actuación de ella se había desenvuelto normalmente y por circunstancias imprevistas se viera en la necesidad de trasladar la sede a la Villa de Guadalupe (Canelones) donde dictó el 19 de Diciembre, el decreto creando el pabellón de las nueve listas azules-celestes sobre campo

blanco, que era el que había visto flamear San Martín en el Fuerte San José, al arribar el «Chichester» al puerto de la ciudad.

Un temporal desencadenado poco después, había agrietado los muros de la vieja residencia que ocupaba la legislatura, en Canelones, por cuyo motivo se dispuso, a instancias de Solano García, la mudanza de aquella a la Capilla de la Aguada, hecho que se produjo el 15 de Enero de 1829. [1]

---

[1] Montevideo, Febrero 13 de 1829. — Sr. don Santiago Sainz de la Maza. Usted sabrá que el General Rondeau, Gobernador provisorio se ha venido a residir en lo de Ocampo, enfrente de la Capilla del Carmen de la Aguada, cuya Capilla parece se destina provisoriamente para Sala del Congreso. El temporal que derribó la Sala de Canelones lo tomó al General San Martín en el último Paquete llegado de Europa, que corrió bastante riesgo.

San Martín estuvo muy pocos días en la ciudad de Buenos Aires. Obtuvo su pasaporte para esta Banda y hoy desembarcó en esta Plaza alojándose en el café (casa de Carreras) de la plaza Mayor. Le han visitado innumerables gentes, siendo de los primeros el General Lavalleja.

Ayer vino de Canelones el General Quintana, a donde fué el día anterior a visitar al General Rivera. — José Raimundo Guerra.

(Documento inédito, original en poder del Dr. Felipe Villegas Zúñiga. Al decir Guerra que lo «han visitado innumerables gentes» ya dá a entender la forma afectuosa con que fué recibido San Martín en Montevideo).

Ese trasladó se aceptó,—justo es decirlo—como un compás de espera hasta que tuviera lugar la salida de la Plaza de las tropas imperiales en virtud de que no era posible en esos días la marcha a la ciudad del ejército patriota, por haber ocurrido desórdenes provocados ante el interés mismo que tenían algunos de ocupar a toda costa el solar de su nacimiento.

A eso obedece la medida del Gobierno patrio del 15 de Enero de 1829, cuando declaraba que podía hacerse el cambio de local de la Legislatura a Montevideo « pero sin residir dentro de la Plaza para no comprometer la armonía entre los individuos de ambos ejércitos ».

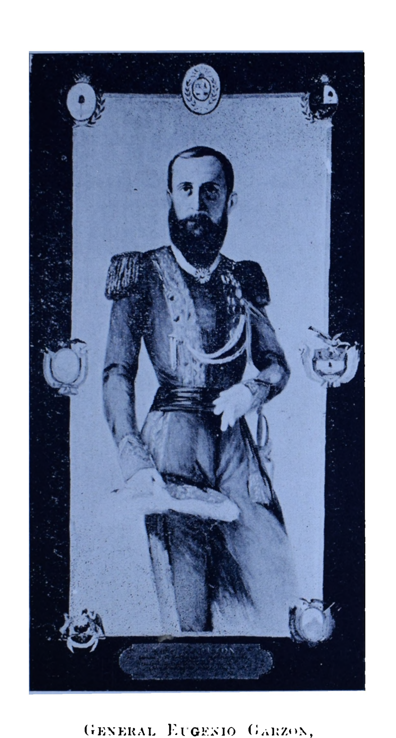
La campaña de 1826 y más que nada la forma en que algunos Jefes Imperiales se habían conducido con los orientales, provocaran agravios legítimos y justificados.

Rivera mismo se había sentido lesionado en su amor nativo y jurara no entrar a la Plaza mientras estuvieran en ella las tropas portuguesas como el mismo las llamaba con sentimiento americano. [1]

A eso se debe que no tuviera la satisfacción de abrazar a San Martín en los primeros momentos cuando llegara á la ciudad, hecho que fué sin embargo salvado por el vencedor del

---

(1) La campaña de Misiones por el Coronel M. A. Pueyrredon.



General Eugenio Garzon,

prócer de la emancipación de siete repúblicas americanas.
Tuvo grandes gentilezas con San Martín
que había sido su Jefe y amigo.

Rincón, en la forma hermosa de que se dá cuenta más adelante.

El día anterior a la llegada del viajero había tenido lugar en Montevideo la apertura de las sesiones de la Asamblea Legislativa en el local que pertenecía a la Capilla de la Aguada.

Resulta interesante al patriotismo instruir de los pormenores del funcionamiento de aquella autoridad constituyente, en sitio modesto y reducido, porque esos detalles tienen relación, algunos, con la permanencia de San Martín en la ciudad.

Era la Capilla de la Aguada un pequeño oratorio levantado durante la dominación española, con suscripciones que hicieran en gran parte vecinos y mejorada en 1823 con el acuerdo de las autoridades portuguesas.

Formaba parte del núcleo de pequeñas parroquias que entonces había en los suburbios como las del Cordón y de Maciel, donde tuviera lugar el célebre Congreso, que si bien dependían de la Iglesia Mayor, conservaban cierta categoría que les permitía mantener registros de nacimientos y defunciones y expedir órdenes para la celebración de casamientos, descongestionando así la tarea impuesta a la Matriz, San Francisco, Caridad y de los Ejercicios.

Integraba también esé pequeño núcleo de capillas otra más reducida que las anteriores,

fundada por el General Rondeau, cuando estableció el sitio de 1812, y que servía de acceso al primitivo cementerio de la localidad, demolido en 1860. [1]

A una misa celebrada dentro de esa Capilla del Reducto, asistió en 1829 el General San Martín, en compañía del Coronel Eugenio Garzón, que entonces tenía su cuartel provisorio a pocos metros de aquella, en las proximidades de la hoy calle Burgues.

La Capilla de la Aguada donde funcionaba la Legislatura Constituyente poseía un local reducido y anti-estético. Construído de ladrillo y teja, en la esquina de las calles denominadas en la actualidad Agraciada y Venezuela, presentaba como motivo saliente, en su frente Oeste un pequeño campanario que se divisaba desde la parte poblada de la ciudad por la posición dominante y libre en que se asentaba la ubicación de aquella.

Sus dimensiones eran: catorce varas de frente al oeste sobre el camino Real (hoy Agraciada) por veinte varas de fondo al Este, formando esquina.

---

[1] Dentro de esa Capilla se instaló en 1878 una Escuela Pública, cuya dirección se confió a un antiguo preceptor de enseñanza de Montevideo, José Abad, que fuera padre del autor de esta obra. El cementerio existía entonces, pero no se permitía el enterramiento de cadáveres.

La salida principal se hacía por un portal, con escalinata que daba acceso al Camino Real, hallándose aquella rodeaba de un muro de ladrillo que servía de defensa a la puerta de entrada.

No tenía la capilla más que dos altares, sumamente modestos. El principal, que era el mayor, lo formaba un túmulo eregido a la Vírgen del Carmen que era la Patrona de la parroquia, compitiendo así esa devoción con la del Cordón, levantada en 1802 y saqueada e incendiada durante las invasiones Inglesas, y otro más reducido que se había establecido a la devoción de San José.

La tradición informa que la imagen que correspondía al segundo altar había pertenecido a la primitiva Iglesia Matriz, cuando ésta tuviera la ubicación anterior a 1805, en que fué consagrada y llevada de la Catedral en la época en que la Capilla de la Aguada se inauguró solemnemente.

Donaciones de vecinos habían permitido en 1827 el mejoramiento de las condiciones de la Iglesia, a cuya obra vinculó su nombre Manuel Máximo Barreiro, presbítero oriental, hermano del prócer de la Independencia Miguel Barreiro. ([1])

([1]) Los restos de Manuel M. y Miguel Barreiro se encuentran actualmente sepultados en la Iglesia de San Francisco de Montevideo, descanso asignado por

A cargo de Manuel Máximo Barreiro se hallaba en 1829 la Capilla donde tenían lugar las sesiones de la Asamblea Constituyente.

San Martín estuvo en varias ocasiones en ella, según informes precisos que tenemos y hasta concurrió a oír los debates que se produjeron para la elaboración del Código que por tantos años rigió a la República y si las actas de entonces no informan al respecto por su deficiencia o por que el motivo no obligaba en la época a dejar esa constancia, en virtud de que se trataba de una simple visita de mera cortesía, obligada por la permanencia de aquel en la ciudad, no por eso aleja el recuerdo agradable de la permanencia allí del guerrero, como aconteció igualmente y por aquellos días con los Generales Juan Ramón Balcarce, Hilarión de la Quintana, Tomás Iriarte y otros soldados que también estuvieron presentes en algunos de los debates de la Legislatura fundadora del Estado Oriental, obligados por diversas circunstancias, sin que esa constancia haya quedado escrita en los documentos oficiales de 1829 redactados dentro del recinto

---

el Cura de esta parroquia Martín Pérez, en virtud de las obras de demolición que se hicieron en la Capilla de los Ejercicios, para ampliación de la Facultad de Medicina, donde fueron inhumados cuando el fallecimiento de aquellos próceres, ocurrido el del primero en 1839 y el del segundo, durante la Guerra Grande.

en que aquel cuerpo actuaba en forma pobre y aislada.

Fué, pues, bajo los muros de tan modesta Capilla donde tuvieron lugar las memorables reuniones cuya Secretaría había sido confiada a la pericia de Carlos de San Vicente, que había de pasar poco después a desempeñar funciones como Inspector del Resguardo de Montevideo.

El General Rondeau había establecido su residencia frente a la Capilla mencionada.

Pertenecía el edificio a Manuel Ocampo y constaba de una modesta finca de corte español con entresuelo, que daba frente al Camino Real.

Se habían instalado en ella el Ministerio de la Guerra confiado a Eugenio Garzón, que tenía por Oficial Mayor al Sargento Mayor José Brito del Pino; el de Hacienda, cuya Secretaría había sido asignada a Francisco Solano de Antuña por su preparación en la Ciencia Económica y el servicio de ayudantes del Gobernador, del cual era Jefe, el Capitán de Infantería Hermenegildo de la Fuente.

Rondeau había buscado ese local con carácter provisorio mientras se efectuaba el desalojo del Fuerte de Montevideo, pasando él a ocupar con su familia una casa que todavía está en pie, próxima a aquella, en el interés de agrupar los servicios directores y de organización de la nueva República.

San Martín debió ser testigo por necesidad, viviendo como vivía en aquellas inmediaciones del teatro de los sucesos preparatorios de la administración del país, mucho más cuando había llegado en momento culminante cuya presencia se miraba con la consideración y el respeto que informaba su alta personalidad.

Montevideo era entonces una aldea. El contínuo guerrear y la larga dominación portuguesa le habían restado en gran parte el carácter español que fuera su modalidad sobre todo entre la gente del pueblo, adquiriendo costumbres distintas a su propia indiosincracia.

Como Plaza conquistada los portugueses no habían tenido interés en realizar mayores progresos sobre todo mientras no estuviera sentado el dominio y olvidados los vínculos sagrados y legítimos que el sentimiento patrio provocaba.

Ocuparon la ciudad sin la preocupación de mejorarla porque según ha dicho Carlos de Anaya «el portugués receló siempre del patriotismo oriental dado que desde los tiempos de Artigas habían visto que los nativos no ansiaban otra cosa en lo íntimo de su corazón que la libertad de su pueblo». [1]

---

[1] Montevideo, Marzo 12 de 1825. — Sr. D. Gabriel A. Pereira. Mi muy distinguido amigo: Siempre he tenido la mas pura fé en la Independencia y libertad

La libertad era entonces para los orientales sinónimo de independencia como lo era para todos los hijos de las Provincias Unidas del Sud.

A eso obedecen las contínuas invocaciones que a su nombre consagran tan altamente las canciones que ellas mismas grabaron en el alma popular desde los comienzos de la revolución, ya con el estro criollo y expresivo de Bartolomé Hidalgo o con la lira de Vicente López y Planes.

Frente mismo a la residencia que ocupaba San Martín en la plaza Mayor existía con carácter permanente el Mercado de verduras cuyas operaciones se realizaban en forma anti-

---

de nuestro territorio y creo que aunque los reveses de la fortuna y la variabilidad de la guerra han entregado este rico patrimonio al extranjero, día llegará en que sacudirán el yugo ominoso los orientales y que la patria de Artigas, del inmortal Artigas, de esa víctima sacrificada por el Gobierno de Buenos Aires por las ambiciones y las maldades que rigen su política para con estos desgraciados pueblos y que ocupará el rango de pueblo libre e independiente entre las demás repúblicas americanas. Usted amigo que tanto ha hecho y hace por su país, no desespere y siga con ardor su trabajo, que el éxito ha de coronar de laureles inmortales la frente de todos los patriotas que, como usted, han secundado al inmortal Artigas y veremos que la semilla dará su fruto y el verbo se hará obra. Lo saluda este amigo con particular consideración Q.B.S.M. — CARLOS DE ANAYA.

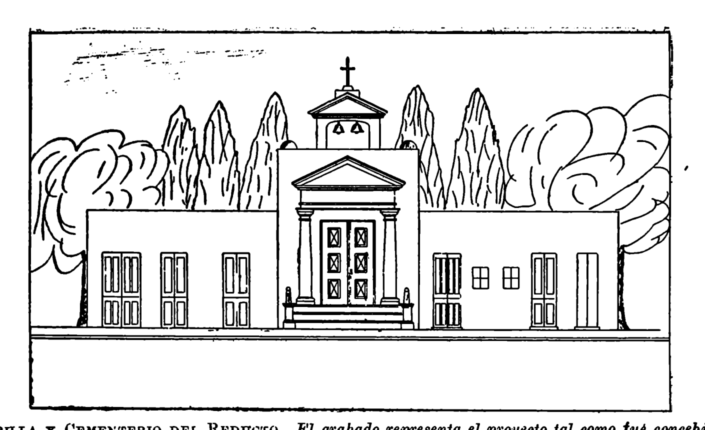
(Archivo de Gabriel A. Pereira).

higiénica por las incomodidades que presentaba el Mercado de Sostoa y habrá sido a diario donde el guerrero presenciara aquellas subastas realizadas en portugués, y a gritos, con toque de campana, que se confundían a veces con el repique que imprimían las de la Iglesia Matriz.

San Martín pudo darse cuenta bien pronto que Montevideo por los sucesos que le llevaron alternativamente a sufrir distintas dominaciones en un período de menos de veinte años era una ciudad inferior a la que él viera al pasar en 1812 cuando jóven y lleno de bríos se dirigía a la patria a ofrecer sus servicios militares, habiendo perdido el carácter propio que la destacara, reflejado en el infortunio que sufrieran los hijos del Uruguay y de que era doloroso testimonio las diez mil tumbas que señala eternamente la canción nacional de Figueroa.

Muy cerca de donde el héroe moraba, sobre la calle Sarandí, en los bajos del Cabildo, se desarrollaba a diario uno de los espectáculos mas tocantes por lo inhumano de su organización.

Desde los comienzos de la conquista portuguesa se había establecido como norma que todo preso fuera de la categoría que fuera y según la importancia del delito, debía buscar el medio con que subvenir a su vida celular.



CAPILLA Y CEMENTERIO DEL REDUCTO. *El grabado representa el proyecto tal como fué concebido. A esa Capilla concurrió en varias ocasiones el General San Martín.*

El Consulado sólo pasaba una modesta ración que se servía a horas intermedias de la mañana, viéndose los presos en la indigente necesidad de implorar la caridad pública desde las rejas que dividían las crujías por las cuales se divisaba el estado de miseria y abandono que existía en la prisión, en la que había separación de razas ocupando los negros la parte Norte del edificio colonial.

Los presos recluídos imploraban la limosna para poderse alimentar y vivir, por medio de largas cañas tacuaras de las que pendían bolsas de cuero en las que el público colocaba la dádiva generosa.

Tan bochornoso espectáculo persistió por muchos años y a la entrada del Gobierno patrio se hicieron las obras indispensables en la Cárcel para defender la fuga de los presos y corregir la higiene que ya asumía caracteres alarmantes por el abandono en que había caído.

El mismo día que arribó San Martín a Montevideo recibiera la visita de infinidad de personas amigas según lo declara el Cabildante Sainz de la Maza en el documento inédito que publicamos.

Juan Antonio Lavalleja fué uno de los primeros en llegar a la residencia del guerrero testimoniando el afecto que sentía por aquella personalidad.

Lavalleja era amigo de San Martín y de las comprobaciones que hemos realizado, se desprende que ya antes de entonces habían tenido oportunidad de conocerse.

Buenos Aires fuera posiblemente el punto donde aquellos soldados habían intimado, faltando atestiguar si los encuentros amistosos se verificaran antes de caer prisionero Lavalleja de los portugueses o en los días en que San Martín preparaba el viaje a Europa después de su vuelta del Perú.

Lavalleja se hallaba en aquellos días gozando del prestigio que cosechara en la campaña gloriosa iniciada cuatro años antes, que le había asignado el lauro inmarcesible de libertador de su patria. (1)

(1) Juan Antonio Lavalleja ha sido uno de los héroes orientales no bien comprendido todavía. Puede decirse que no ha tenido biógrafo que estudiara con paciente amor la importancia y extensión de sus servicios. Historiadores brasileños le consideran entre los primeros patriotas del Uruguay, tal vez de los más grandes. Su ostracismo y los sufrimientos que pasara cuando fuera cautivo de los portugueses defendiendo a la patria son páginas ignoradas cuyo conocimiento contribuirá a agigantar la personalidad de Lavalleja. Si fué rival de Rivera nunca desapareció entre ambos la amistad personal y éste es un punto curioso que hemos de estudiar con tiempo a la luz de documentos inéditos. La correspondencia que mantiene con Rivera cuando éste se hallaba en el Brasil y de que era portador el después Ge-

Tuvo entonces la habilidad de franquear atenciones merecidas que habrán servido a San Martín para atestiguar el número de amigos que tenía en Montevideo.

La segunda quincena de Febrero que corresponde a lo mejor de la estación veraniega la pasó aquel en medio al calor de las amista-

---

neral Rebollo, es una prueba digna de tenerse en cuenta por los estudiosos. En el documento que transcribimos se verá el concepto que para el General Melchor Pacheco y Obes le merecía la figura de Lavalleja: « Isla de la Libertad, 19 de Setiembre de 1852. Señor Brigadier General don Juan Antonio Lavalleja. Mi apreciado General: He recibido dos cartas de usted y de cierto que creo debe comprender todo el placer conque su antiguo ayudante vió la firma de su viejo y glorioso General en cartas que le eran dirigidas. Si; estoy cierto de eso porque creo que usted sabe que le quiero como hombre, que le respeto como al Libertador de mi Patria, al que condujo los treinta y dos héroes del Arenal Grande. Ya el señor Le Long me había escrito la verdad con que usted y mi constante amiga la señora doña Ana acogió mi recomendación. Reciba pues por ello mi agradecimiento así como por el interés que en su segunda carta tiene a bien manifestar por mi salud. Del General Rivera traje una carta para usted que envié ayer por no retardarla. Apenas vaya a tierra cumpliré un encargo suyo visitando a usted en su nombre y ofreciendo a Misias Señoras doña Ana y doña Pancha la expresión de mis respetos y afectos. Hasta que tenga ese gusto, mi querido General, dígnese ponerme a los pies de ellas y disponer en un todo de su atento S. S. Q.B.S.M. — M. PACHECO Y OBES.

des, reanimando su espíritu atormentado con las noticias que amenudo se recibían de Buenos Aires.

Su estadía coincidió con una medida liberal que daba idea del espíritu de progreso que animaba a los que fundaran la nacionalidad.

El 16 de Febrero de 1829 el Síndico de la Ciudad excitó el celo del Cura párroco de la Matriz para que se fundara un cementerio, de carácter municipal que serviría de asiento al que muy pronto sería el Cementerio Central de Montevideo.

Asegurada la Independencia se quiso iniciar la organización administrativa con la ejecución de algunas obras importantes, sobre todo para contribuir a la higiene de la ciudad.

La iniciativa corresponde en gran parte al glorioso prócer Lázaro Gadea ([1]) y al patriota

---

([1]) Por singular coincidencia fué mas tarde Lázaro Gadea Capellán del Cementerio Central. Gadea es uno de los personajes interesantes de la revolución americana. Fué confesor de Santiago Liniers en la Cruz Alta; sacerdote del ejército que peleó en Suipacha a órdenes de Balcarce y Constituyente de la República después de haber servido en las filas de Artigas. Producida la revolución de 1825 se adhirió a ella con entusiasmo y el 19 de Abril de 1826 realiza en el Durazno una fiesta con tedeum y panegírico, seguido de un espléndido banquete y baile en homenaje al glorioso desembarco de la Agraciada.

Manuel Fernández Luna que había de ser mas tarde tercer Presidente de la Junta E. Administrativa.

Al mes de dictarse aquella resolución se preocupaba Gadea de planear la forma en que se obtendrían los recursos para hacer frente a los gastos que demandaría la ejecución, pues con arreglo a la cédula de 3 de Abril de 1787, las necrópolis debían ser construídas fuera de las ciudades.

Se levantó entonces una suscripción pública, asegurada con los caudales de las Iglesias de Montevideo, a los que contribuyeron los principales hombres de la Plaza.

Como hemos dicho el Ministerio de la Guerra del nuevo Estado Oriental había sido confiado a la pericia del Coronel Eugenio Garzón, habiendo querido el destino que le tocara recibir en su patria al glorioso Jefe bajo cuya dirección había servido en el ejército de los Andes al hacer la campaña de Chile y el Perú.

Tenía entonces Garzón 33 años y lucía en su haber las condecoraciones que le acreditaban como héroe de la Independencia de las Provincias Unidas, Chile, Bolivia, Perú y Ecuador.

Regresara de la campaña de 1827 rodeado de una aureola de prestigio y alta reputación por haber sido uno de los Jefes en quien Alvear depositara alta confianza por sus con-

diciones militares, que evidenció el día inmortal de Ituzaingó. ([1])

Por aquellos días acababa Garzón de suscribir el hermoso decreto de militar estableciendo que en adelante no habría más que un solo uniforme para cada una de las armas de que se compondría el ejército oriental. ([2])

Ese uniforme no tenía otra diferencia entre una y otra unidad militar que el número de

---

([1]) Señor don Eugenio Garzón. — Buenos Aires, Mayo 3 de 1832........ Usted es jóven, lleno de servicios y usted obtendrá mas hoy, mas mañana la recompensa de sus servicios y de su honrosa comportación.

Mi amigo: siempre he recordado y le he dicho a todos su parecer de usted la víspera de Ituzaingó y así como no puedo echar de mi memoria que todos nuestros generales eran de opinión de esperar al enemigo en el llano traidor de la márgen de Santa María, usted debe vanagloriarse de haber juzgado muy bien lo que debía hacerse y que se hizo en efecto y esto lo he contado a todos porque le hace a usted honor y porque es una justicia que me complazco en hacer a su mérito. — CARLOS DE ALVEAR.

([2]) Decreto de 20 de Febrero de 1829 dictado en la Aguada. Luego fué modificado ordenándose la forma en que se usarían los uniformes por las distintas armas y fijando el tipo de la casaca. El 20 de Marzo de entonces prohibió Garzón el uso de precillas desde Capitán a Sub-Teniente permitiéndose sin embargo el uso del bigote y la barba en los oficiales, detalle que estaba desterrado desde la época de Artigas, pues casi ninguno de los grandes caudillos de la independencia lo usaron.

la misma, marcado en el botón de la guerrera, en el escudo del morrión y en el color del penacho.

El discípulo cumplía allí una de las sabias enseñanzas de San Martín que unía a la economía la ventaja de hacer menos visible al soldado en los momentos de pelea por la uniformidad del traje adoptado.

Siguiendo la norma trazada por Garzón de organizar el ejército oriental en consonancia con un plan científico, dictó el 24 de Febrero de entonces un decreto transformando el glorioso batallón 3.º que aquel había mandado en Batallón 1.º de Cazadores asignando igual número al Regimiento de Caballería N.º 9 que dirigiera Manuel Oribe en la batalla de Ituzaingó.

El cambio de orientación asignado a los cuerpos militares y de transformación sobre una base científica, dió lugar a la realización de una fiesta de confraternidad en la que Garzón habrá usado de la palabra por la investidura del cargo que desempeñaba para recalcar el júbilo que los orientales experimentaban al encontrarse presente en aquel acto una de las figuras de mayor relieve de la emancipación americana.

Tenemos la convicción de que ese hecho debe haberse producido en presencia del documento siguiente: «Aguada, Marzo 2 de 1829.

Querido Gabriel: Aprόntate para mañana y avísale a Miró que va efectuarse la fiesta del cambio de la tropa. El General ha dicho que irá el General San Martín y otros invitados por el Coronel. Decile a Josefina que no me espere hasta el martes. Tuyo afectísimo. — HERMENEGILDO DE LA FUENTE». (1)

---

(1) La persona a quien iba dirigida la carta era Gabriel Velazco, más tarde General de la República; Miró el después General Cipriano Miró que era entonces Oficial; el General, Rondeau, y el Coronel, Eugenio Garzón. Suponemos que Josefina fuera la novia del Capitán Hermenegildo de la Fuente en virtud de que entre éste y Velazco existió por muchos años estrecha amistad que se robusteció en el seno de la familia. San Martín no debe haber faltado a la fiesta realizada por Rondeau el 3 de Marzo de 1829, en la cual habrá tenido oportunidad de encontrarse con su pariente el Mayor Coronel Manuel Escalada, que desde Enero de entonces se ocupaba de hacer un trabajo estadístico indicativo del número de tropa, Jefes y Oficiales que existían en la Provincia incluso los que pertenecían al ejército del Norte y que se consideraban del Estado de Montevideo (Decreto del 2 de Enero de 1829).

Hermenegildo de la Fuente fué un glorioso soldado de la Independencia fallecido a edad avanzada el 19 de Mayo de 1882. Integró la plana mayor de los Oficiales que formaron el Batallón 1.º de Cazadores que mandara Eugenio Garzón y que tenía además de éste los siguientes militares: Cipriano Miró, Andrés A. Gómez, Francisco Lasala, Hermenegildo de la Fuente, José Rodríguez, Joaquín Idoyaga (fallecido en 1888), Juan de Dios Marzola, Marcos Rincón, Juan Quinco-

Pero si tales actos reanimaban el espíritu sereno de San Martín, herían su corazón las noticias que llegaban a menudo de su patria.

La política argentina sufría entonces una honda crisis.

El 24 de Febrero el Gobierno de Buenos Aires tuvo informes de la existencia de una conspiración que obligó a la prisión de muchos ciudadanos que eran sus amigos.

Figuraban entre los detenidos Juan José y Tomás de Anchorena, Manuel H. Aguirre, Manuel Vicente Maza, Clemente Wright, Generales Juan Ramón Balcarce y Enrique Martínez, Coronel Tomás Iriarte y Teniente Coronel Juan José Martínez.

Sentenciados a destierro, tomaron unos como destino a Montevideo y otros la Colonia de Sacramento.

Cuando no hacía todavía un mes que el héroe se hallaba en la capital del Uruguay arribaron a ésta los primeros desterrados de aquel movimiento sedicioso.

---

ces, Juan Pío Gurgel, José Labrador, Ildefonso Correa Saturnino Revuelta (fallecido en 1884) Ramón Visillac, Indalecio Larraya, Miguel Alegre, Miguel Giles, Juan Organ, Manuel Méndez, José María Ordóñez, Pedro Casariego, Miguel de la Hanty, Remigio González, Manuel Germán Fleitas, Pedro Rivero, Joaquín José de Nacimiento, Joaquín Viejo Bueno, Juan María González, José Grané y Luis Antonio de Olivera.

Abordo de una goleta denominada «Agustina» llegaron a las nueve de la noche del 10 de Marzo de 1829 los Generales Balcarce y Martínez (Enrique) Coronel Iriarte y doctor Manuel H. Aguirre. [1]

Su llegada causó el estupor consiguiente mucho más cuando la orientación que tomaban los sucesos de Buenos Aires venían a comprometer a hombres del Estado oriental, desarticulando así la armonía que existía para que se asentara la Independencia de la flamante República.

---

(1) Algunos escritores al estudiar el arribo a Montevideo de los Generales Martínez, Balcarce, Coronel Iriarte y Doctor Aguirre, consignan que aquellos llegaron en el bergantin de guerra General Rondeau. Sin embargo es errónea la información. Los libros de la Capitanía de la Aduana de Montevideo informan que el arribo se hizo en la goleta «Agustina» de propiedad de Juan Nín que fondeó en Montevideo el 10 de Marzo de 1829. Tal vez aquellos han tomado la información de Antonio Zinny «Historia de los Gobernadores» la cual contiene errores importantes no obstante la extraordinaria y patriótica labor que aquel realizara.

Basta consignar entre otros errores lo que manifiesta con respecto a la muerte de Bernardino Rivadavia, cuando dice en la página 74, Tomo II (1920) que murió en el Brasil, cuando es público y notorio que falleció en Cádiz (España) el 2 de Septiembre de 1845.

Pero esa situación no obstaba para que los orientales continuaran la senda de agasajos brindados al General San Martín.

Francisco A. Gómez, distinguido hombre de negocios de Montevideo, hermano del General de la Independencia, Andrés A. Gómez, y del héroe de Paysandú, Coronel Leandro Gómez, ha dejado interesantes informes sobre muchos de los sucesos que se desarrollaron en el Uruguay durante la vida agitada que este país llevara, que constituyen un verdadero memorial de recuerdos y sirven para aclarar puntos obscuros de la historia del Río de la Plata.

Poseedor en una época el señor Gómez—don Pancho, como se le llamaba en el seno de la amistad—de una buena fortuna, tuviera destacada actuación en la sociedad Oriental y por sus grandes vinculaciones se hallaba habilitado para conocer secretos que constituyen la trama de los acontecimientos político-militares, que se desarrollaron en el Uruguay en determinado momento. (1)

---

(1) Tenemos en nuestro poder documentos curiosos que pertenecieron a Francisco A. Gómez y que se refieren al viaje que éste realizara a Europa durante la Guerra Grande.

Sobre distintas cuestiones poseemos apuntes de impresiones que nos han narrado hombres de actuación prominente como el Coronel Antonino Reyes, que fuera Secretario de Rozas, doctores Joaquín Requena,

Fallecido a edad avanzada conservaba inalterable su memoria trasmitiendo recuerdos del pasado con verdadera serenidad, adjudicando sin pasiones la parte de responsabilidad que, a cada uno le habría cabido dentro del momento agitado en que les tocara actuar.

En su juventud viajara mucho por Europa y fué allí donde tuviera oportunidad de recoger otras impresiones que le servían, dentro de aquél ambiente mayor y libre de prejuicios, para rectificar errores, dando distinto valor a la actuación de los hombres que tratara en la primera hora.

Había conocido dos veces al General San Martín. La primera en 1829, cuando estuviera en Montevideo, y la segunda en 1840, hallándose en Europa.

«Como usted sabe—nos decía—cuando le tratábamos en su vieja residencia buscando informaciones del pasado, nací en 1813, un año antes de la entrada de las tropas de Alvear a Montevideo.

Jaime Estrázulas, Generales Manuel Caraballo, Gervasio Burgueño, Máximo Tajes, Eduardo Vázquez, Coronel Lorenzo Latorre, Señores Tomás Gomensoro, Fernando Torres, Eulogio de los Reyes, Doctores José Vázquez Sagastume, Carlos de Castro, José Ladislao Terra y otros ciudadanos que permiten orientar el criterio cuando es difícil hallar el documento revelador de los sucesos en que han intervenido.

«Mi infancia la pasé en medio de graves sucesos provocados por las guerras de la época, sobre todo durante aquél período horrible y largo de la dominación portuguesa.

Mi padre Roque A. Gómez se hallaba vinculado a la Plaza. Tenía su residencia en la Plaza Mayor (hoy de la Constitución) que fué siempre sitio obligado para el movimiento comercial dada la situación excepcional de la misma, con el Cabildo en uno de sus costados que también era centro de las agitaciones políticas.

Cuando se juró la Constitución de la República era casi mozo, y recuerdo perfectamente los acontecimientos de entonces a lo que no escapa la llegada de San Martín que usted se interesa por conocer ocurrida un año antes y que voy a relatar con la calma necesaria para corresponder a sus deseos, sin omitir detalle, como usted me lo pide.

Fué realmente una lástima que aquél ilustre militar, tan querido de los orientales, no se quedara en la ciudad un tiempo más para presenciar esa jura de la Constitución, pero tal vez, dado su amor de americano, ya estaba conforme conque los hijos de esta tierra obtuvieran la independencia que siempre anhelaron y porque pelearon tantas veces.

San Martín llegó entonces disparando de Buenos Aires. Allí le habían tratado muy mal. La prensa le insultara cuando su arribo y cuan-

do se fuera de Montevideo. ¡Que ingratitud! Así le pagaron los porteños los grandes sacrificios que hiciera para fundar la patria.

Lavalle quiso envolverlo en los sucesos de entonces y le tiró un cabo para traerlo, pero le salió «chingado». San Martín era un patriota y no estaba por la guerra civil.

Sufrió por eso vejámenes, el olvido de los argentinos y arrastró la pobreza.

Hombre de estatura regular, rígido, parecía no tener cincuenta años, peinando algunas canas. Lo más revelador de su carácter era la mirada sumamente penetrante. Tenía la nariz bien formada, algo afilada, como la de Rivera y con un cutis parecido al de éste, moreno pero hermoso.

Llegó a Montevideo en pleno verano, cuando en la Plaza se debatían las pasiones por los sucesos que acarreara la muerte de Dorrego y la guerra que iniciara Lavalle.

Como mi padre tenía la casa frente a la Plaza Matriz y sobre ella quedaban los dos comercios que tuviera Domingo Carreras, (calles Sarandí y Rincón) que consistían en café, confitería y pensión con hospedaje, estaba al tanto por la proximidad de conocer a los viajeros que llegaban en virtud de que aquellos eran sitios obligados de arribada, por ser lo más recomendable que sobre el particular había entonces en la ciudad.

Fué allí precisamente en uno de ellos donde se albergó un tiempo el General San Martín. Después no sé donde fué a residir, pues estuvo bastante tiempo en Montevideo. Creo, si no estoy equivocado, paró en lo de José Ellauri, en virtud de que éste era gran amigo de San Martín, al extremo de que se ha afirmado que aquél le eligiera para su Secretario cuando iba a realizar la campaña de Chile, pero tuvo que renunciar a ese deseo, debido a que Alvear se interpuso, recomendándole al General Tomás Guido y no pudo desoirlo. (1)

Era San Martín muy religioso. Lo ví varias veces en la Matriz, sobre todo en las misas de los domingos, donde concurríamos infaltablemente.

El General Eugenio Garzón era entonces «el hombre del día», como se dice vulgarmente. Desempeñaba la cartera de Guerra y la llevaba como nadie por su prestigio, en virtud de que había sido soldado y libertador de varias naciones.

Tenía pasión por la carrera militar y ha sido una gran figura cuya muerte constituyó una desgracia nacional.

---

(1) Francisco Bauzá confirma el dato. Estudios Constitucionales, página 279, tal vez por información recogida de su padre, el General Rufino Bauzá.

Estaba Garzón cargado de gloria que había aumentado en su país al defenderlo tan brillantemente en la campaña de Ituzaingó.

El General Rondeau, viejo veterano de la Independencia a quién conocí mucho y que murió en plena guerra grande, desempeñaba las funciones de Gobernador Provisorio.

Era Rondeau un hombre realmente bueno, aunque algo débil en el mando, sin pasiones, pero poseído de verdadero patriotismo. Nacido en Buenos Aires, viniera niño a Montevideo, optando luego por la nacionalidad oriental al vincularse a esta Plaza, como lo hicieron otros, entre ellos Lucas J. Obes y José María Reyes, en virtud de que en aquél entonces eran las Provincias Unidas del Sud la patria común.

La legislatura de 1828 funcionó en Canelones. En los comienzos de 1829, el General Rondeau dispuso que todo el Gobierno fuera trasladado a Montevideo, debido a que, de un momento a otro, iba a tener lugar la evacuación de las tropas imperiales, y era lógico que aquél pasara a ocupar el Fuerte y el Cabildo.

Con tal motivo el General Garzón dispuso que una parte del ejército acampara en las cercanías de la ciudad.

Tomó por cuartel un rancherío inmediato al viejo Reducto, casi frente al Cementerio, recostándose sobre la quinta de Margat.



Casa de Francisco Llambí, donde tuvo lugar una fiesta el día onomástico de San Martín. A esa fiesta concurrieron entre otros, Rondeau, Lavalleja, Garzón, Joaquín Suárez, Reyes y otros patriotas.

Rondeau estableció el Gobierno Provisorio en la casa de Manuel Ocampo ubicada frente a la antigua Capilla de la Aguada, funcionando la Asamblea Legislativa dentro de esta pequeña Iglesia, que era más bien un oratorio y cuya demolición se hizo, según mis recuerdos, después de la entrada del General Venancio Flores en 1865.

Mi hermano Andrés A. Gómez, que fué gran amigo de Garzón, servía entonces en el Batallón que éste organizara, siendo ya Sargento Mayor.

Se ocupaba Garzón en esos días de dotar al ejército de verdadera disciplina. Abolió la milicia e hizo buenos soldados.

Fué entonces que se creó el uniforme nacional.

Cipriano Miró, Francisco Lasala, que era pariente de Garzón, Gabriel Velazco y otros eran Oficiales en la época.

Como es natural tenía oportunidad de ir amenudo a caballo al Reducto a visitar a mi hermano, donde pasaba el día. En cierta ocasión recibí la consigna de mi hermano de llevarle una ropa que había encargado a un sastre estable ido en la hoy calle Colón.

Llegué al campamento y antes que echara pié a tierra, me recibió el Mayor Manuel Soria, diciendome: «Ché Panchito, dejá el caballo y veni a saludar al General San Martín,

que está conversando con tu hermano, el Mayor y el Coronel Garzón».

Como a San Martín ya lo había conocido, pues lo viera cruzar por la Plaza y me dijeran que aquél era esa persona, no me apresuré mayormente. Desencillé el caballo y en eso estaba, cuando me llamó mi hermano con insistencia.

Fué entonces cuando se me presentó al General San Martín y pude oír su voz por primera vez.

Era un hombre modesto; usaba la chapona de moda con la boa que cubría el cuello alto que yo también llevé en mi juventud.

El Coronel Garzón le invitó ese día a almorzar con todos los oficiales del batallón, regresando luego aquél, a caballo, con el General San Martín, para la ciudad.

Fueron, según mis recuerdos, muchas las atenciones que el general Garzón le prodigara yá que tan las merecía.

Si no estoy equivocado, influyó Garzón poderosamente para que el Gobierno le favoreciera a San Martín con los pasajes para poderse trasladar a Europa.

Entonces, no era como ahora. Aquellas sí que eran amistades!

Cuando se embarcó San Martín fué despedido dignamente. El Coronel Pablo Zufria-

tegui que era Comandante de Marina y tenía una buena casa en la calle Sarandí, donde hoy está el Correo, le dió verdaderas facilidades atestiguándole su afecto.

Todo ésto se sabía porque en aquél entonces Montevideo era una aldea y nada se ignoraba. Bastaba que hubiera un hombre desconocido para que enseguida se averiguara de donde procedía y quién era.

Al iniciarse la Guerra Grande me encontraba en el Brasil.

Como deseaba hacer un viaje a Europa., solicité pasaporte de nuestro Ministro en Río Janeiro, Francisco Magariños. Durante ese viaje visité diversas ciudades y permanecí algún tiempo ausente de la patria.

Corría el año 1846. Como tenía que visar el pasaporte acudí a la Legación Oriental en París que regenteaba el doctor José Ellauri, dado que, era mi deseo, hacer un viaje a Constantinopla pasando por Italia. El doctor Ellauri me trató con verdadera deferencia.

En cierta ocasión, solicitado a que le acompañara a pasear, accedí gustoso trasladándonos a un punto de París que era obligado como recreo para los diplomáticos, y cual sería mi sorpresa, cuando volví a ver llevado del brazo de Mariano Balcarce, que era diplomático argentino en Francia, al General San Martín. Pero entonces el glorioso soldado estaba ciego

y en una horrible decadencia física. Pocos años vivió después ».

El General oriental Gervasio Burgueño nacido el 19 de Julio de 1810 en las costas de Solís Grande (Departamento de Canelones) y fallecido el 24 de Setiembre de 1900, en Montevideo, cuando iba a entrar en los noventa y un años, nos ha trasmitido interesantes impresiones sobre diversos acontecimientos de la vida militar del Uruguay.

Requerido en las oportunidades en que teníamos ocasión de visitarle en su vieja residencia de la calle Paraguay, cerca del mar, oímos de sus labios las siguientes impresiones, que se refieren al momento que estudiamos:

« Como usted sabe mis servicios militares arrancan de dos años antes de jurarse la Constitución de la República, aunque figure recién en las listas del Estado Mayor del Ejército como Teniente 2.° de Infantería el 4 de Noviembre de 1836.

Era casi mayor de edad cuando se juró la Constitución de 1830, y prestaba servicios militares a órdenes del Coronel Manuel Oribe, precisamente en el cuerpo que sirvió como plantel del Batallón que formara Eugenio Garzón.

Cuando se organizó esta unidad militar, debí entrar en la segunda compañía confiada al Capitán Joaquín Idoyaga, fallecido ya viejo

durante la administración del General Máximo Tajes, porque había sido amigo de mi padre y además porque realmente era un soldado pundonoroso.

Los intereses que mi padre tenía que atender me restaron ese deseo y me ví en la obligación de salir a campaña por un tiempo hasta que me reintegré definitivamente al ejército.

Disuelto el cuerpo de caballería que mandaba el Coronel Oribe para formar los cuadros de los Cazadores Nacionales, estuve presente en ese acto.

El Coronel Eugenio Garzón realizó entonces una tocante ceremonia que presenció el General San Martín, visitante de Montevideo.

Era San Martín un hombre de estatura regular, más bien alto, todavía jóven, muy sencillo, cuya personalidad inspiraba atracción por el relieve de sus servicios.

Garzón, que era Ministro de la Guerra, le atendió debidamente lo mismo que todos los orientales de algún prestigio.

Tengo la impresión de que San Martín vivió en una de las casas de Gabriel A. Pereira, porque los hombres de entonces eran en extremo generosos con los patriotas. No había los distanciamientos que trajeron aparejados los partidos. Si así no fuera, no se habría fundado la patria».

El Teniente General Eduardo Vázquez nos ha facilitado los documentos que publicamos a continuación, que se refieren al momento que estudiamos:

« Montevideo, Setiembre 25 de 1876. — Exmo. Señor Ministro de la Guerra, Coronel Eduardo Vázquez.

Camarada y amigo: Acabo de recibir la nota de V. E. por la que se me comunica que he sido designado por decreto del S. Gobierno, de 23 del actual para formar parte de la Comisión que debe trasladar a la Rotunda del Cementerio público, los restos mortales de los Coroneles Mayores Melchor Pacheco y Obes y Eugenio Garzón.

Mucho agradezco a V. E. el honor que significa tal designación. Formado militar a las órdenes del invicto General Eugenio Garzón y compañero de gloria a la vez de Melchor Pacheco y Obes, soy en la actualidad de los pocos sobrevivientes que existen de la campaña por la Independencia.

Y ya que V. E. me ha discernido tan señalado honor, permítame abusando de la amistad, le signifique tenga a bien otorgarme, si Dios me concede la vida, la otra satisfacción de integrar la Comisión que pudiera nombrarse por el S. Gobierno cuando lleguen a este puerto los venerados restos del General José de San Martín, cuyo propósito de reempatrio se

hará para muy en breve, según se anuncia, por el Gobierno Argentino.

Como lo sabe el señor Ministro, siendo yo Oficial auxiliar del Ministerio de la Guerra, fuí designado ayudante del General San Martín, cuando permaneció en Montevideo y aún tengo bien presente, a pesar de los años, el recuerdo afectuoso de aquella despedida que los orientales le hicieron, habiendo sido yó el último, cumpliendo con mi obligación militar, que abandonara el barco que le condujera a Europa después de recibir el abrazo del glorioso soldado que emocionado abandonaba la patria.

Quedo siempre a órdenes de V. E. a quien Dios gde. ms. Años. — HERMENEGILDO DE LA FUENTE.

«Montevideo, Junio 12 de 1907. — Señor don Plácido Abad.

Compatriota y amigo: Requerido por usted en varias ocasiones para que le trasmitiera algunos recuerdos de carácter personal que pudiera tener y que le sirvieran para aumentar el caudal de información referente al viaje del General San Martín y destinados a la obra patriótica que usted se propone realizar, tengo el placer hoy de remitirle la carta pasada en 1876 por mi amigo el soldado de la Independencia Hermenegildo de la Fuente, que trata, al pasar, el punto por que usted se interesa.

Como se lo he expresado, personalmente, tuve el honor en el Ministerio de la Guerra de preparar con la debida anticipación el homenaje justiciero que mi país llevó a cabo después, cuando llegó a Montevideo la urna que conducía los restos del General San Martín en viaje a Buenos Aires.

Recuerdo que con tiempo y en el interés de prestigiar esa llegada con la presencia de los veteranos de la Independencia que aún vivían se pasó revista a los que existían. Quedaba de ellos un buen grupo entre los que figuraban los generales José A. Posolo, Cipriano Miró, Felipe Fraga, Coroneles Joaquín Idoyaga, Hermenegildo de la Fuente y otros. (1)

De todos estos servidores el que más me visitaba era el Coronel de la Fuente, de quien

---

(1) El Poder Ejecutivo por decreto dictado el 25 de Agosto de 1883 y con motivo del aniversario patrio otorgó un ascenso general a los veteranos de la independencia que aún vivían, cuya lista se inserta en el decretero del Ministerio de la Guerra. Entre los ascendidos no figuraba yá el Coronel Hermenegildo de la Fuente por haber fallecido poco tiempo antes. Al pronunciar entonces el General Felipe Fraga en nombre de los veteranos el discurso de agradecimiento, al P. E. declaró que Hermenegildo de la Fuente siendo en 1825 Sub-Teniente del Batallón de Libertos prestó guardia en el modesto sitio donde se reunió el 25 de Agosto de aquel año la Asamblea de La Florida. (Suplemento « de La Mañana » de 14 de Octubre de 1923).



General Fructuoso Rivera,

patriota y glorioso soldado de la emancipación de los pueblos del Río de la Plata. Tuvo con San Martín, del que era amigo personal, altas distinciones.

era amigo personal. Había sido el ayudante que el General Eugenio Garzón, con un rasgo de generosidad, pusiera a órdenes de San Martín y fuera para aquél tan grande honor, que lo consideraba como uno de los mejores títulos de su foja de servicios, hecho que siempre me lo recordaba emocionado.

Lamento no poder corresponder con mayores informes, por carecer de ellos al respecto, saludándolo con el afecto de siempre. — EDUARDO VAZQUEZ.

El doctor Francisco Llambí decano del Superior Tribunal de Justicia y perteneciente a una respetable familia de Montevideo ofreció en 1829 una fiesta social en honor del General San Martín.

Eligió para su realización el 19 de Marzo que era el día dedicado á la consagracion de San José.

La esposa del doctor Llambí, que era una distinguida dama, María F. Reyes, había invitado a la fiesta a lo más linajudo de la sociedad de entonces.

Estaban allí José Rondeau, Juan F. Giró, Joaquín Suárez, Gabriel A. Pereira, Juan Antonio Lavalleja, Pedro P. Sierra, General José María Reyes que entonces se ocupaba de la delineación de la ciudad y la demolición de algunas de sus murallas y otros patriotas de alta significación.

La fiesta realzada con el arreglo suntuoso que el doctor Llambí sabía imprimir a su casa señorial, que era una de las más hermosas que entonces tenía Montevideo, fué coronada con una feliz estrofa que el poeta oriental Francisco Acuña de Figueroa escribió y leyó en el acto alusiva a San Martín y a Lavalleja unidos en la inmortalidad, y que había de ser grabada en una cartera de bolsillo con que la señora María F. Reyes de Llambí obsequió al Capitán de los Andes, como recuerdo de la visita.

La estrofa aludía a Chacabuco y Sarandí igualándolas en su significado histórico americano y republicano y su lectura, como la presentación del obsequio, fué grandemente festejado. (1)

Eugenio Garzón nos ha enviado desde París en carta fechada el 31 de Octubre de 1923 las siguientes interesantes anécdotas relacionadas con el momento que estudiamos:

Cuando llegó San Martín a Montevideo, despues de la expulsión que sufrió en Buenos Aires, Doña María Antonia Agell de Hocquard, organizó una fiesta en su honor.

Doña María Antonia, que era una gran dama y un gran prestigio social, dispuso que tres señoritas o jóvenes casadas le presentaran, res-

(1) Recuerdos del doctor Joaquín Requena.

pectivamente, una corona a San Martín y otra a Rivera.

Todas se opusieron en dársela a Rivera por que era muy enamorado y le tenían miedo; — y aquello fué una jarana.

Misia María Antonia, como se la llamaba popular y socialmente, calmó un tanto las inquietudes ante aquel don Juan de nuestras selvas y después de mucho hablar y de mucha jarana, todo quedó en reposo en el corazón inquieto de las atemorizadas damas.

Pero, fué el caso, que una de las que le entregó la corona a Rivera fué perseguida por los galanteos criollos de éste; y según hablan los recuerdos del viejo tiempo, Rivera fué puesto a raya por la beldad que él quiso conquistar y atar a sus tientos. (1)

Estando el General Eugenio Garzón muy rendido a los piés de una dama, San Martín, le dijo al pasar:

—Cuidado mi jóven Coronel, con un segundo Sipe-Sipe.

(1) Esta anécdota histórica fué contada por la ilustre dama oriental María Inés Furriol de Lasala a su sobrino carnal Eugenio Garzón.

—Siempre es agradable mi General, ser vencido por una mujer, contestó Garzón. (1)

Rivera tenía dos diosas: la política y el amor. En esos mismos días en que se efectuaba el sarao en casa de Hocquard, Rivera le escribía al Coronel Eugenio Garzón:

« Venga luego a la noche con Don Lucas Obes, que hablaremos de política ».

Y agregaba: « Como Vd. sabe la muchacha que acompaña a mi señora incita ». Anoche empecé a tirarle tientitos y se me prendió del jopo, que casi pierdo ».

Carlos María Ramírez le decía a Eugenio Garzón, estudiando la personalidad de Rivera: « Esa carta pone de relieve a un hombre y a Rivera más que a ningún otro, pués es sabido que la política y el amor eran sus flacos ».

---

(1) Reminiscencia del salón de Hocquard en la noche del sarao en honor de San Martín.

CAPITULO III

LA AMISTAD DE RIVERA CON SAN MARTIN

SUMARIO. — *Acampe del ejército de Rivera en Durazno y Santa Lucía. Militares orientales y argentinos que servían en el mismo. Noticias que Rivera tiene de la llegada de San Martín. Lo que dispone de inmediato para saludar al guerrero argentino. Orden que trasmite el comandante José A. Posolo. El Coronel Manuel de Escalada en el campamento. Escolta misionera que tenía. Llegada del coronel Trolé y Juan A. Gelly a conferenciar con San Martín por orden de Lavalle. Tiempo que duran las conferencias de Trolé. Creencia que tenía Rivera de que el vencedor en Maipó se quedaría mas tiempo en Montevideo. Bajada del caudillo oriental a la Ciudad. Su entrevista con San Martín en Marzo de* 1829.. *Satisfacciones que experimentaba Rivera al encontrarse con el héroe de los Andes. La proveeduría oficial-militar en la época. Como se hacía y a quienes alcanzaba. Gentilezas que el general Eugenio Garzón tiene con San Martín. Entrega del pasaporte al guerrero y sirviente que le acompañaba. Preparativos de San Martín para su retorno a Europa. Como recibe Rivera la noticia. Carta que le escribe desde San Lucía mostrando su hidalguía por el*

soldado argentino. Hermosa contestación de San Martín. Consideraciones sobre la amistad que existía entre ambos.

El 21 de Febrero de 1829 cuando hacía ocho días que San Martín se encontraba en Montevideo suscribió Rondeau con su Ministro de la Guerra, Eugenio Garzón, un decreto que les honra, por la tendencia conciliadora que lo inspiraba, en virtud de que se buscaba obtener la armonía entre los orientales que habían peleado por la Independencia, asignando a los más espectables la representación que debían asumir para organizar el Estado que había sido declarado libre despues de una lucha constante y heroica.

Se refería ese decreto al General Fructuoso Rivera, nombrándolo Jefe de Estado Mayor del Ejército por «considerarse que era la persona que reunía condiciones y aptitudes para el desempeño de tan delicado cargo».

Rivera se hallaba entonces gozando de inmenso prestigio en su país.

Hacía poco que acampara con parte de su ejército en Durazno y Santa Lucía, forman do campamento, en el que figuraban distinguidos oficiales orientales y argentinos.

La campaña gloriosa a Las Misiones que realizara con tanto brillo y contribuyera poderosamente a asentar la Independencia oriental le había dado otro relieve a su personali-

dad, aún en el concepto mismo de sus adversarios.

Los laureles de esa jornada yá nadie los discutía a no ser algunos pocos portugueses que aún quedaban en la Plaza que tenían la pretensión de que el Estado Oriental viviera siempre soyuzgado o sometido al invasor para realizar al amparo de esa ignominiosa situación propósitos de lucro personal, con desmedro del decoro nacional.

El vencedor de Rincón, era entonces, y en el momento que estudiamos una de las personalidades más prestigiosas del Uruguay, como lo evidenció muy luego al ser electo Primer Presidente Constitucional de la nueva República. (1)

Su carácter generoso y el modo de ser natural, sin afectación, diéranle ocasión en muchos momentos de su vida para dejar plasmados, con rasgos propios, hechos que ennoblecen a la tierra de su nacimiento por el alto significado que los mismos encierran.

A esa especie pertenecen los actos que realizó, entonces, con el General San Martín.

---

(1) Mas adelante se leerá la carta de saludo que por su elevación a la primera magistratura del Uruguay le envió a Rivera, desde Bruselas, el General San Martín atestiguándole que ese acto era una recompensa y un honor dispensado al que tantos servicios le debía la patria.

Constituyó para Rivera un verdadero sentimiento no poder dar un abrazo de inmediato al guerrero que admiraba, en el momento mismo de la llegada de éste a Montevideo, y sinó llevó a cabo ese íntimo deseo debe atribuírse a que las circunstancias se lo impedían en virtud de la situación especialísima en que se encontraba.

Había hecho juramento para no comprometer a sus amigos de hacer inadvertida su presencia en la ciudad en cuanto se decidiera a hacerlo, sobre todo mientras estuvieran en ella los *tolos* ([1]) portugueses como él mismo los llamaba con indignación cuando aparecía alguna intriga que venía a afectar la marcha regular de los sucesos que acompañaba con verdadero patriotismo.

Pero decidido a bajar a la ciudad, reconocido a las atenciones del Gobierno Provisorio, lo hizo en cuanto las circunstancias le fueron favorables.

Había conocido la llegada del soldado argentino a los pocos días del arribo presunción

---

([1]) *Tolos* quiere decir atolondrados etc., pero en e- sentido de la brusquedad de gestos más que de moral lidad o de estado mental. Es una palabra gallega que la usaban mucho los españoles de Montevideo. Pereda la ha empleado lo mismo que Pérez Lugin en La Casa de la Troya. Las diabluras de los estudiantes se llaman en Galicia « *toleadas* ».



CORONEL PABLO ZUFRIATEGUI,

glorioso prócer de la Independencia.
Tocóle despedir á San Martín,
siendo Comandante de Marina de Montevideo.

que surge de las visitas que Rivera se vé en la necesidad de hacer al General Rondeau que se hallaba entonces en Canelones para solucionar detalles vinculados al cargo que se le había confiado en cuyo puesto «fuera recibido con todas las consideraciones que debía esperar». [1]

Fué talvez portador de la agradable nueva el Coronel Mayor Manuel de Escalada vinculado a la familia de San Martín que servía en el ejército de Rivera y que fuera uno de los jefes que se presentara poco tiempo antes al Gobierno Oriental reunido en San José con una escolta misionera brillantemente equipada, al regreso de la gloriosa campaña. [2]

Además por decreto de 16 de Enero de 1829 se había establecido un servicio de correos entre Montevideo y Canelones con alcance luego hasta el campamento de Rivera, que salía de Guadalupe todas las tardes a las 15 horas trayendo a la ciudad las novedades de la campaña y retrasmitiendo al día siguiente las que correspondían a la Plaza. Era así que el ejército de Rivera y los campesinos estaban enterados casi diariamente de los acontecimientos que ocurrían en la capital del Uruguay.

---

(1) y (2) Carlos Anaya. Apuntes para la historia' Revista histórica de la Universidad de Montevideo' páginas 684 y 685.

Además no hacía muchos días que del campamento de Rivera había salido con rumbo al Saladillo (República Argentina) el Coronel Eduardo Trolé, ingeniero en jefe y comandante general de la artillería del ejército que aquel mandara ([1]) que fuera portador de la noticia al General Juan Lavalle, que allí tenía establecido su Cuartel General, de la llegada de San Martín a Montevideo circunstancia que aprovechó el héroe de Río Bamba para darle la comisión de que instruye su carta de 4 de Abril de entonces y que obliga a la

([1]) Domingo Eduardo Trolé que así se llamaba era natural de Francia donde inició su carrera militar en el arma de ingeniería. Vino al Río de la Plata como Cramer, Brandzen, Roulet y otros gloriosos soldados. Tuvo en 1826 la dirección de la fábrica de fundición de balas de Buenos Aires. Estuviera en Ituzaingó al mando de la Compañía de Ingenieros e hiciera con Rivera la campaña de Misiones. Trolé fué en un tiempo el «tren de unión» entre Rivera y Lavalle. En 1829, en el momento que estudiamos es el comisionado por Lavalle conjuntamente con Juan Andrés Gelly para que en Montevideo tuvieran con San Martín una conferencia que motiva la carta de éste fechada en la capital del Uruguay de 14 de Abril. Trolé tenía alta consideración por el General Rivera. Presumimos que se retirara a Europa después de 1830, pues desde entonces no le vemos figurar en las que fueron Provincias Unidas. Pronunció un magnífico discurso poco antes de ese tiempo en la tumba de Brandzen, su compañero de gloria.

respuesta enérgica del vencedor de Maipo respecto a que los medios que se le habían propuesto «no le parecía tendrían las consecuencias para terminar los males que afligen a nuestra desgraciada patria».

Rivera debe haber sentido, pues, íntima satisfacción al enterarse del viaje de San Martín y fué sin duda ante los rumores insistentes que entonces circularon de los que creyeron con justificada razón que aquel venía con ánimo de ponerse al frente de los acontecimientos que se producían en su país para salvarlo de la anarquía en que se encontraba, dado que así parece surgir de la carta que le dirige al soldado argentino, el 15 de Abril, al enterarse de la sorpresa que en su espíritu le causaba el próximo retorno del Capitán de los Andes a Europa.

Es así que aprovechando talvez el correo que diariamente salía de Canelones juzgó Rivera que una obligación de amistad y reconocimiento le obligaba a tener una fina atención con el ilustre visitante.

No podía, contra su deseo y por las razones apuntadas, trasladarse de inmediato a Montevideo, pero lo pensaba hacer, en la primera oportunidad como así sucedió. Y esta creencia está confirmada ante la presunción que el caudillo oriental tenía de que San Martín se quedaría un tiempo mayor en la capital

del Uruguay, lo que daría motivo para que pudiera darle el abrazo afectuoso anunciado, ratificando la amistad y el afecto que existía entre ambos.

Se hallaba entonces en Montevideo el hombre de más alta confianza de Rivera, el Comandante José Augusto Posolo, después General de la República, llegado posiblemente con el objeto de saludar a su familia luego de una larga ausencia provocada por la orientación que habían llevado los sucesos.

Rivera quiso adelantarse a ofrecer sus cumplimientos a San Martín ya que no tenía el placer de hacerlo personalmente, en aquel momento.

Optó por lo más simpático, dirigiendo a su subalterno la comunicación siguiente: «Señor Comandante Posolo. Avísaseme llegado a Montevideo el General San Martín; vaya y en mi nombre, saludándolo, póngase a sus órdenes para lo que quiera necesitar. Atte. Fructuoso Rivera». [1]

---

[1] Obsequio del distinguido amigo e historiador oriental Clemente L. Fregeiro, quién poseía algunos documentos relativos a la actuación de Posolo que pensaba aprovechar para un estudio relativo al período intermedio entre la campaña de Misiones y la constitución de la República. El fallecimiento de aquel apreciable amigo dejó trunco tan hermoso pensamiento.

José Augusto Posolo, que era un militar distinguido, sumamente culto, debe haber realizado con verdadera satisfacción el encargo especial de Rivera por que aquel ha dejado el recuerdo de esa actuación que constituyó un timbre de honor para su prestigiosa carrera, tocándole seguramente la satisfacción de cumplimentar al ilustre soldado en el día de su natalicio, el 25 de Febrero, que por rara coincidencia cumplía los cuarenta y ocho años, estando de visita en la ciudad que con tanto afecto lo había recibido. (1) y (2)

---

(1) José Augusto Posolo fué talvez uno de los hombres de más íntima confianza de Rivera. A él confió la conducción del estandarte Imperial tomado en la campaña de Misiones que entregó al Gobierno de Buenos Aires el 3 de Junio de 1828, cumpliendo así lo prometido en el parte oficial datado en Haun, Costa del Ibicuy, el 16 de Mayo de 1828. Ponía, pues, Rivera como ayudante de San Martín al mejor representante y amigo, dado que Posolo fuera héroe del Rincón, Sarandí y Las Misiones. En casa de Posolo fueron velados el 1.° de Enero de 1864 los restos mortales de la esposa de Rivera, fallecida el día anterior.

El Coronel Manuel A. Pueyrredón en su libro «Campaña de Misiones» expresa: «El General Rivera me dijo un día ¿ Sabe Vd. quien está en Montevideo ? ¿ Quien señor ? El General San Martín ¿ A quién mandaremos a saludarlo ? A mí le contesté ¡ Oh a Vd. nó, eso no puede ser todos saben que Vd. ha sido mi agente para con los portugueses; la Plaza todavía está ocupa-

II

Como hemos consignado en capítulos anteriores la Aguada de Montevideo era en aquellos días en que se encontraba San Martín el punto de convergencia de casi todo el movimiento político-militar del Estado Oriental del Uruguay.

El hecho tenía su explicación. Se hallaba instalado allí el Gobierno Provisorio y la Asamblea Legislativa, entre cuyos poderes nacio-

---

da por ellos; si lo vieran a Vd. ir, no dejarían de pensar que iba mandado por mí a tratar algo. Yo tengo que andar aquí con mucho tino por que esos *tolos* (zonzos) todavía créen que yo soy portugués.

Pues señor, la dificultad va a cesar, confesándole que yo ya he estado en Montevideo y visto al General San Martín. Luego que supe por Blas Despouy que se encontraba allí corrí a saludarlo.

Pues entonces, repuso, no la hay en que Vd. vaya a saludarlo en mi nombre, *ofrecerle mis servicios y cuanto puedo valer* y de camino lo hará también con los Generales Balcarce, Martínez, Coronel Iriarte y el señor Aguirre.

([*]) La Comunicación que Rivera pasa a Posolo parece ser para que sea el ayudante que en su nombre debe estar a órdenes de San Martín distinta a la misión que pudiera confiarle a Pueyrredón.

El autor publicó en 1907 en la revista histórica de la Universidad de Montevideo algunos documentos que hoy se insertan en el presente trabajo realizado con mayor tiempo. Ha rectificado conceptos que en aquella época emitiera aclarados hoy a la luz de nuevos documentos encontrados.

nales se movían casi todos los resortes de aquella incipiente administración.

El General Rondeau vivía, como se ha dicho, con su familia casi al lado mismo del local donde se estableciera provisoriamente la Gobernación y era en ella donde recibía las visitas oficiales y el cumplimiento de los amigos que acudían a saludarle y a recibir órdenes debido a la pequeñez del sitio elegido para las oficinas que ocupaban los Ministerios de Gobierno y de Hacienda.

Manuel Ocampo era el propietario de varias de las fincas donde se establecieron parte de esos servicios, con carácter transitorio, y fué debido a su generosidad que se zanjaron muchas dificultades en aquel momento precario de la vida nacional.

Poseedor en las Tres Cruces y desde 1823 de uno de los mejores molinos que tenía la ciudad suministraba a diario con la cooperación del patriota Pedro Pablo Sierra para el ejército que organizaba Garzón la mayoría de los comestibles que se necesitaba ejerciendo en algunas ocasiones funciones de proveedor cuando el gobierno disponía el envío de medios de subsistencia al domicilio de los militares que habían cooperado a la campaña de la Independencia y que por razones de estrechez financiera por que el Estado pasaba no podían recibir sus sueldos con la asiduidad necesaria.

Nadie consideraba entonces desdoroso recibir aquel óbolo generoso como no lo fuera tampoco en los días aciagos de la Guerra Grande por que eran así las épocas y talvez lo único a que muchos de aquellos hombres podían aspirar como recompensa de la patria por los sacrificios contraídos.

Todo era familiar, honrado, y gentil aún mismo para mitigar la situación de las familias enemigas.

Parecía que los sacrificios y los dolores que provocaron las luchas por la libertad habían formado un nuevo carácter, resignándose los hombres a una modestia pasiva, producto mismo del ambiente desolado y pobre en que se habían formado.

San Martín que era hombre de gran altura moral se identificó con ese estado de cosas llevando la vida sencilla y humilde que brindaba Montevideo en aquel momento, en que se hallaba en la capital del Uruguay.

A fines de Marzo comunicó a sus amistades el propósito decidido de regresar a Europa hecho que debía de producirse para la fecha mas o menos en que lo había asegurado por carta al General O'Higgins. (1)

No podía dilatar el retorno. La situación caótica que se producía en su país le tenía

(1) Carta de San Martín a O'Higgins.



GENERAL JOSE A. POSOLO

Fué el ayudante que Rivera puso a órdenes de San Martín.
En este grabado
viste el uniforme de Sargento Mayor de Dragones.

mortificado temiendo verse comprometido en los sucesos que se incubaban, si su estadía se prolongaba demasiado. Solo esperaba el arribo de los comisionados de Lavalle y la solución de otros asuntos de carácter particular relativos a sus propiedades de Mendoza para ultimar los preparativos del viaje y hacer las despedidas entre aquellos amigos orientales que con tanta amabilidad y afecto le habían tratado.

En los primeros días de Abril llegaron a Montevideo el Coronel Eduardo Trolé y Juan Andrés Gelly que eran, como se dice, las personas en quienes Lavalle descansaba para ver si era posible disuadir a San Martín del propósito que perseguía en forma irreductible.

La entrevista debió ser larga y continuada aunque siempre con propósito firme por parte del vencedor de Chacabuco a juzgar por los días en que Trolé permaneció en la Plaza de Montevideo, comprometido a llevar la contestación, resultado de esa entrevista, al General Lavalle.

No había posibilidad de arreglo en presencia de aquella voluntad inquebrantable.

« El objeto de Lavalle decía era el que yó me encargase del mando del ejército y Provincia de Buenos Aires y transace con las demás provincias a fin de garantir por mi parte y la de los demás gobernadores a los autores

del movimiento de 1.º de Diciembre; pero Vd. conocerá que en el estado de exaltación a que han llegado las pasiones era absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión sin que quede otro árbitro que el exterminio de uno de ellos». Así le escribía a O'Higgins desde Montevideo una vez concluídas las entrevistas con Trolé y Gelly. (1)

San Martín tenía entonces el ánimo exacervado y aprovechó esa circunstancia para emitir al prócer de Chile conceptos que aminoran su serenidad contra la figura gloriosa de Rivadavia y los autores del movimiento de 1.º de Diciembre de 1828.

Concluída la conferencia el Coronel Trolé se trasladó al campamento de Rivera posiblemente para comunicarle a éste la decisión de San Martín de regresar a Europa conforme lo había expresado.

El 19 de Abril se embarcaba el Coronel Trolé para Buenos Aires, quedando su acompañante en Montevideo. «El Tiempo» del 21 de entonces decía a ese respecto: «Ha llegado de Montevideo el Coronel Trolé que partió con don Juan Andrés Gelly del lado de los Generales Lavalle y Paz cuando se hallaban en el territorio Santefecino. Gelly queda en

---

(1) Carta firmada en Montevideo el 13 de Abril de 1829.

Montevideo; ignoramos con que carácter fueron ambos ni cual haya sido el objeto de su misión o viaje». [1]

Con el glorioso soldado iba la carta de 14 de Abril que San Martín había escrito a Lavalle en la que con alto patriotismo exponía la opinión pesimista que tenía de la situación del Río de la Plata que tan tristemente debía continuar. [2]

Persistiendo así en ese propósito de alejarse de aquel ambiente caldeado por las pasiones dió comienzo a la ordenación de los detalles que debía salvar para la realización de su próximo viaje a Europa de donde no había de regresar jamás.

El 8 de Abril hallándose el Coronel Eugenio Garzón en el Ministerio de la Guerra tuvo conocimiento de la presencia en aquella casa colonial del General San Martín.

No venía el glorioso militar a despedirse sino a salvar por anticipado un detalle indispensable, a fin de poder obtener con tiempo los pasajes correspondientes en un Paquete inglés, requisito indispensable, sobre todo siendo soldado.

---

(1) «El Tiempo» de Buenos Aires N.º 277 de 21 de Abril de 1829.

(2) Carta de San Martín a Juan Lavalle fechada en Montevideo el 14 de Abril de 1829. Museo Histórico Nacional Argentino.

Se refería al permiso para abandonar la Plaza y obtener un salvo conducto oficial suscripto por el Gobernador Provisorio que le sirviera de suficiente justificativo en los puntos donde debía detenerse, antes de llegar al viejo continente.

Garzón debe haber salvado entonces los escollos que pudieron aparecer a fin de que su antiguo jefe, obtuviera, aún que firmado por el representante de un Estado recién nacido a la vida independiente pero no menos glorioso, el resguardo que se demandaba, el cual debía hacerse extensivo también para el sirviente que con tanta confianza y lealtad venía acompañando a San Martín.

Fué así que al día siguiente recibió éste el pasaporte siguiente: «El Gobernador Provisorio del Estado de Montevideo. Por cuanto pasa hasta la ciudad de Bruselas, Capital del Reyno de los Países Bajos el señor General don José de San Martín ciudadano de las Provincias Unidas del Río de la Plata con un criado. Por tanto: se previene a los individuos sujetos a este Gobierno *no le pongan el menor impedimento, antes le prestaran todo auxilio;* y a los que no lo son se les ruega y suplica que así lo verifiquen. Dado en la Aguada de Montevideo a 9 de Abril de 1829. — José Rondeau».

Como se vé era una recomendación generosa, que se requeria a los dependientes del Estado Oriental en el exterior para que prestaran la mayor ayuda posible al guerrero argentino facilitándole el viaje y los medios necesarios para llegar a su destino.

San Martín no tenía entonces necesidad de utilizar como a su llegada al Río de la Plata del apellido materno para pasar inadvertido. Consideraba en cambio por tratarse de un viaje en que los acontecimientos de su país ya no podían comprometerle, que debía establecer en el documento su verdadero nombre para poder obtener las franquicias que tan noblemente le brindaba el Gobierno del Uruguay.

La redacción de ese documento ha de haber pertenecido por la similitud en el uso de las palabras empleadas en otros certificados de esa especie aúnque no tan amplios y expresivos, escritos después—y que llevan su letra, al ilustrado militar de la Independencia José Brito del Pino que desempeñaba entonces las funciones de Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra y en quien depositaban Garzón y Rondeau la más absoluta confianza.

Rivera se encontraba entonces preparando un nuevo viaje al Cuareim talvez para estudiar la situación de las fuerzas que integraban el ejército del Norte y que había dejado en consonancia con determinaciones del momento.

III

Antes de finalizar la primera quincena de Marzo de 1829 los orientales que militaban en la fracción política que acaudillaba Rivera tuvieron conocimiento de que éste accediendo al pedido de algunos amigos y en el interés de agradecer a Rondeau y Garzón la deferencia que habían tenido para con él al designarle Jefe del Estado Mayor del Ejército, había resuelto abandonar momentáneamente el pueblo de Durazno y su campamento de Santa Lucía, para bajar a Montevideo.

El caudillo como decimos deseaba entonces hacer el viaje en forma poco obstensible, pasando inadvertido, sin aceptar pomposas salutaciones, en el interés posiblemente de evitar los rozamientos naturales que esos actos podían provocar a la fracción lavallejista, haciendo asi armónico el desarrollo de los acontecimientos que trajeron aparejada la discusión de la nueva Constitución de la República y la jura de ésta por los orientales, en el mes de Julio del año siguiente.

Iba a aprovechar ese viaje para corresponder a sus mejores relaciones y dar satisfacción a la vez a los agradecimientos y atenciones que habían tenido para con él y para con su esposa, Bernardina Fragoso, aquellos hombres

de la ciudad, que en forma tan sincera contribuyeran a reanimar su espíritu durante la ausencia de la Capital, provocada por las luchas en que el caudillo tuvo que actuar y de las cuales había salido con tanta gloria y tanto renombre!

Era su firme propósito, al llegar a Montevideo, provocar una entrevista con el General San Martín en el interés de expresar a éste, personalmente, la satisfacción que experimentaba al encontrarlo en el Uruguay, rodeado de consideraciones y descansando de las fatigas del largo viaje realizado.

A su llegada a la ciudad se alojara en su antigua residencia del Arroyo Seco, mas tarde restaurada y ampliada, y en donde había de fallecer, el 31 de Diciembre de 1863, su virtuosa compañera.

Fué en ese sitio solitario y apartado entonces, ubicado en la conjunción de los dos caminos Reales (Agraciada y Suárez) donde acudieron a cumplimentar a Rivera algunos de sus buenos amigos, a los que no escapan Alejandro Chucarro, Joaquín Suárez, Gabriel A. Pereira y otros, según así instruye una breve nota que el caudillo dirige a su compatriota Pedro P. Sierra.

¿ Donde tuvo lugar la visita de San Martín con Rivera ?

He aquí un punto hipotético que vamos a estudiar valiéndonos de los escasos informes de la época, que traducen sin embargo con alguna fidelidad el sitio donde se desarrolló la entrevista, realizada parece en presencia del militar argentino Manuel de Escalada, casi por mera casualidad, lo que habrá hecho, seguramente más hermoso y espontáneo el encuentro de aquellos dos hombres gloriosos.

Como hemos consignado, el General Rondeau tenía establecida la residencia provisoria en la Aguada, en cuyo paraje se reunía la Legislatura Constituyente y se hallaba asentado el Gobierno del nuevo Estado.

Era el punto de conversión de casi todo el movimiento administrativo, pues resuelto el abandono de la ciudad por los imperiales, el Cabildo y sus anexos quedaron de hecho abandonados.

Las miradas se dirigían todas a los cantones de la Aguada. Allí estaban los verdaderos representantes del país y los únicos facultados para organizar y dirigir los negocios públicos y otorgar las facilidades correspondientes a los que por una causa u otra deseaban abandonar la ciudad, para el exterior.

San Martín según lo expresara el Coronel Hermenegildo de la Fuenta iba con mucha frecuencia al local del Gobierno Provisorio.



General Juan Antonio Lavalleja,

Jefe de los Treinta y Tres y héroe en Sarandí e Ituzaingó.
Atendió amablemente a San Martín en 1829.

Parecía que no había interés para él como no lo había tampoco para los orientales que actuaran en la lucha desde 1825 de permanecer dentro de muros contemplando angustiosos las disposiciones terminales portuguesas que, en algunas ocasiones, provocaran rozamientos por los choques naturales surgidos entre los nativos y los invasores que impacientados encontraban largo todavía el día en que habían de ser dueños absolutos del solar en que nacieran.

Gabriel A. Pereira tuviera entonces alta significación en la organización del Estado Oriental y había sido en algunos casos el eje económico que diera movimiento a la nueva administración pública.

Por su gran fortuna, fuera de los que había contribuído como garante a saldar algunos de los primeros pagos que Rondeau y Garzón hicieran a favor de los servidores que fundaran la nacionalidad. Sus vinculaciones con Giró y Muñoz, que desempeñaban carteras de responsabilidad, fueron grandes y decisivas para conformar a los que de un modo u otro habían derramado su sangre generosa para obtener la Independencia Nacional.

Pereira había colmado de atenciones a San Martín. Le ofreciera casa, criados y carruaje y era quien le acompañaba a veces, personal-

mente, en determinadas visitas según así ha quedado el recuerdo de tan galante actitud en el seno de la familia del que fuera más tarde Presidente de la República.

En la primera quincena de Marzo sobre todo al terminar ésta, tuviera Pereira algunas conferencias con Rivera, según fluye de la correspondencia cambiada entre ambos, que enorme y dispersa, se conserva aún en gran parte.

Posiblemente en uno de esos viajes y estadías en la Aguada ha tenido lugar el encuentro de Rivera con San Martín, encuentro natural, provocado por la situación misma del momento ya que todo era en la época factible de modificación por las circunstancias expresadas. (1)

Fué, con seguridad, en ese sitio donde ambos soldados se dieron el abrazo fraternal testimoniándose mútuo afecto.

---

(1) El 18 de Marzo de 1829 Rivera redacta desde la Aguada de Montevideo la hermosa carta conocida que dirige al General Garzón agradeciendo la deferencia que el gobierno de Rondeau le había hecho y agregando «que se le había distinguido de un modo que lisongeaba demasiado a quien sabía apreciar este género de premios». El General Pablo Goyena ha dejado algunas narraciones respecto al encuentro de Rivera con San Martín de donde puede deducirse que estuvo presente el Coronel Manuel de Escalada.

¡Que íntimo placer habrá experimentado el caudillo oriental al alargar su mano en forma hidalga a aquel hombre glorioso que visitaba el país y a quien le unía algo más que la admiración que dá el prestigio y la brillantez de los servicios militares!

Rivera fué siempre admirador de la figura del General San Martín, rasgo que le enaltece, evidenciando el buen sentimiento que mantenía el corazón del héroe de Misiones.

Y esa tradición ha quedado entre las personas vinculadas al caudillo.

Se ha dicho alguna vez, como queriendo atestiguar esos hechos, que Bernabé Rivera hubo de integrar las falanges de San Martín después de 1820 haciendo así la campaña del Perú, motivo que tal vez le habría dado a aquel una lucida actuación atentas sus condiciones personales y el entusiasmo que sentía por las luchas libertadoras, pero circunstancias de familia, realmente dignas, le hicieron disuadir de ese propósito, torciéndole la carrera militar, que había de concluír tan tristemente epilogada. (1)

En 1815, hallándose San Martín en Mendoza y a poco de librarse la batalla del Guayabo,

(1) Carlos María Ramírez en La Razón del 21 de Mayo de 1898 expuso, al pasar, el duelo que para la República constituyó la muerte de Bernabé Rivera destinado, por sus grandes condiciones, a alto porvenir.

donde cayera vencido Dorrego, recibió una carta confidencial de Rivera en la que se traducía la situación del ejército Oriental y el contraste que había sufrido el que hallara más tarde la muerte en los campos de Navarro. (1)

Por ese documento, breve e incorrecto en la forma, se traduce fielmente la amistad que yá existía entre ambos soldados y la admiración que Rivera sentía por el guerrero argentino.

El vencedor de Chacabuco le pagaba de igual manera esa amistad e hizo la excepción al saludar noblemente al soldado oriental cuando éste ocupara la primera magistratura de la República, en carta enviada desde Bruselas, que hace honor a Rivera y traduce fielmente el deseo que San Martín tenía por ver realizar a aquel un gobierno próspero digno de la personalidad que tanto había luchado por asegurar la independencia del Uruguay.

He aquí tan hermoso documento: «Señor General don Fructuoso Rivera Presidente de la Banda Oriental del Uruguay. — Bruselas, Febrero 7 de 1831: Por los papeles públicos he visto su nombramiento a la Presidencia de

(1) Documento en poder particular que hemos visto en el viaje realizado a Córdoba con fines de investigación en Octubre de 1819, como así mismo la correspondencia que Rivera mantiene con el General José María Paz, antes de 1830.

esa Banda; yo estoy bien lejos de felicitarlo por ese alto cargo, por que la experiencia me ha enseñado que los cargos públicos y sobre todo el que Vd. obtiene no proporcionan otra cosa que amarguras y sinsabores.

El puesto que Vd., señor General, ha ocupado es una recompensa y un honor a la vez dispensados hacia un hombre que como Vd. tantos servicios lo debe la Patria.

Yo me encuentro en la misma situación.

Pienso regresar a Buenos Aires para mediados del año entrante, época en que la educación de mi apreciable hija habrá terminado. Además, este clima es poco compatible con mis años y mi salud bastante quebrantada.

Recibí y mucho agradezco los recuerdos por Vd. enviados. Veo que la ausencia no entibia nuestra amistad y que por el contrario ella se mantiene cada vez mas inalterable.

Deseo, señor General, que Vd. sea muy feliz y que el acierto lo acompañe en su gobierno. —JOSE DE SAN MARTIN. (1)

La curiosidad histórica hace pensar respecto a la forma en que intimaron o se trataron Artigas, Rivera y Lavalleja con San Martín.

---

(1) Correspondencia de San Martín. Museo Histórico Nacional Argentino y Revista Histórica de Montevideo (1907) página 807.

¿Como se conocieron estos hombres de la Revolución divididos como estaban por el teatro de los sucesos y donde cosecharon amistad para evidenciarla así en actos tan llanos y expresivos?

Que había relación entre ellos no puede dudarse.

Con respecto al primero, Artigas, existen documentos en el Archivo Público y en particulares de Lima que lo atestiguan y es de desear que los estudiosos los recojan o compulsen porque contribuirán a abrir un nuevo capítulo sobre la vida pública de aquellos soldados.

Tal vez la acción de San Lorenzo librada por San Martín nueve meses después del triunfo oriental del 18 de Mayo haya dado mérito a una proximidad de los héroes.

Justo Germán Bermudez que había sido segundo Jefe del Capitán de los Andes en aquel memorable hecho de armas y rindiera allí su vida había iniciado su carrera al lado de Artigas y fuera condiscípulo de muchos de los que triunfaron el 12 de Octubre de 1825 en los campos de Sarandí. Su muerte, heroica y gloriosa, entristeció el campamento artiguista lo que evidencia que flotaba en aquel ambiente además de la solidaridad que presentaba la lucha por la independencia un alto vínculo de compañerismo que había de incubar esa llana amistad, tan propia de los hom-

bres de la época, en cuyos corazones solo vivía un firme sentimiento americano.

En lo que hace a Lavalleja conocía de antes a San Martín y era ya amigo, siendo como lo hemos consignado, en el capítulo anterior, de los primeros orientales que acudieron a cumplimentarlo cuando su arribo a Montevideo.

Lavalleja en 1813 y 1814 realizó diversos viajes a Buenos Aires y por el litoral argentino como vivió en aquella ciudad a su vuelta del destierro cruel de Río de Janeiro, no siendo difícil aventurarse a creer que fué entonces donde conoció al prócer, atento el renombre que aquel yá tenía como buen patriota y valiente soldado, lo que permitía un acercamiento fácil entre los hombres que profesaban idénticas ideas de libertad, como sucedía con los oficiales orientales que se alistaron generosamente en el ejército que se organizara en Mendoza, para escalar los Andes.

Así, pues, cuando Rivera creía que San Martín demoraría un tiempo mayor en Montevideo recibió la noticia de que éste se proponía regresar a Europa, en forma inmediata y sin atender solicitaciones de nadie.

Sorprendido con la nueva que se deduce fielmente de su carta y creyendo por otra parte cumplir con un alto deber de simpatía hacia el soldado argentino, dió rienda suelta a su espíritu enviándole la comunicación siguiente:

«Señor don José de San Martín. —Santa Lucía, Abril 15 de 1829. General y amigo: Habría recibido una satisfacción con saber de Vd. si esta noticia no viniese acompañada de otra que me afecta en todo sentido.

Regresa Vd. a Europa cuando todos lo creíamos deseoso de vivir en América. ¿Que puede inferirse de aquí? Sinó que a Vd. la Patria yá no le inspira interés o que ha desesperado de su salud? Cualquiera de las dos cosas es un mal que para mi agrava mucho el de la ausencia; pero Vd. lo quiere; a Vd. le conviene, sea para bien.

En cualquier destino, tenga presente mi nombre, mi amistad y mi posición, cuando ésta pueda serle útil en algo.

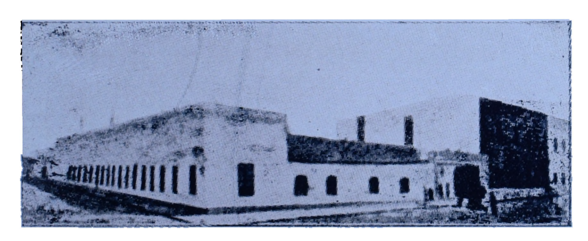
Yo haré otro tanto y en la soledad del Cuareim me ocuparé gustoso en darle informes del estado de su país nativo. —Servidor y amigo Q. B. S. M. FRUCTUOSO RIVERA. (1)

---

(1) El documento deja la impresión de que Rivera va a mantener correspondencia desde el Cuareim o Yapeyú donde era oriundo San Martín, con el soldado argentino y es realmente lamentable que las investigaciones no hayan dado a conocer todavía algunas de las cartas escritas sobre el particular, presunción que surge por las expresiones de la comunicación pasada por el soldado de los Andes el 7 de Febrero de 1831 cuando el caudillo oriental ocupa la Presidencia de la República.



La ciudad de Montevideo fuera de muros
Por ese camino cruzaron las fuerzas que mandara
Eugenio Garzón, el 1.º de Mayo de 1829



Fuerte de Gobierno de Montevideo

El soldado de los Andes al recibir la comunicación y apesar de hallarse ocupado en ultimar los detalles inherentes al viaje se apresuró a contestarla del modo siguiente:

«Montevideo, Abril de 1829. —Señor don Fructuoso Rivera. General y amigo: Antes de partir deseo sacar a Vd. de un error que me sería sensible no disiparlo; me explicaré. En su apreciable del 15 me dice Vd. hablando con relación a mi regreso a Europa lo siguiente: «Que puede inferirse de éste paso o que la Patria no me inspira ya interés o que desespera de su salud?

La primera hipótesis me ofende; hablo a Vd. con franqueza General; la segunda no existe. Lo demostraré. Un solo caso podía llegar en que yó desconfiase de la salud del país: esto es cuando viese una casi absoluta mayoría en él por someterse otra vez al infame yugo de los españoles. Vd. conoce como yó que ésto es tan imposible como que se sometan nuestros antiguos amos a nosotros: más o menos males; mas o menos progresos en las fortunas particulares; más o menos adelantos en nuestra ambición; he aquí lo que resultará de nuestras disenciones: es verdad que las consecuencias más frecuentes de la anarquía son las de producir un tirano que, como Francia, haga sufrir al país los males que experimenta el que él domina; más aún en este caso desconfiaría

de su salud por que sus males estarían sujetos a la duración de la vida de un solo hombre.

Después de lo expuesto, queda pendiente el porqué me voy, siendo así que ninguna de las dos razones que Vd. cree son las causales de mi regreso a Europa. Varias tengo, pero las dos principales son las que me han decidido a privarme del consuelo de por ahora estar en mi Patria; la primera no mandar; la segunda, la convicción de no poder habitar en mi país como particular en tiempos de convulsión sin mezclarme en divisiones. En el primer caso no se persuada Vd. que son tan afligentes circunstancias en que halla la Patria, las que me hacen no desearlo, persuadido por la experiencia que jamás se puede gobernar a los pueblos con más seguridad que después de una gran crisis; pero es la certeza de que mi carácter no es propio para el desempeño de ningún mando político; y en el segundo, el que habiendo figurado en nuestra Revolución, siempre seré un foco en que los partidos creerán encontrar un apoyo como me lo ha acreditado la experiencia a mi regreso del Perú y en las actuales circunstancias. He aquí en extracto, General, los motivos que me impulsan a confinarme de mi suelo, por que firme e inalterable es mi resolución de no mandar jamás; mi presencia en el país es envarazosa. Si éste, cree algún día, que como un soldado le puedo ser útil en

una guerra extranjera (nunca contra mis compatriotas) yo la serviré con la lealtad que siempre lo he hecho, no solo como General sinó en cualquier clase inferior en que me ocupe; si no lo hiciese, yo no sería digno de ser americano.

Persuádase Vd., General, que al hacerle esta exposición no me ha animado otro motivo que el de satisfacer a un hombre cuyos servicios en favor de su país me hacen mirarlo no solo con consideración, sinó con los sentimientos de amistad que le profesa afectísimo servidor. Q. B. S. M. — José de San Martin.

P. D. Acepto gratísimo el ofrecimiento que me hace Vd. de darme noticias de los progresos de mi país nativo; él merece la consideración de los hombres de bien, por que sus hijos son, en proporción de su humanidad, bravos y patriotas ». ([1])

([1]) Correspondencia de San Martín. Museo y Archivo Nacional Argentino.

Al autor se le afirmó en cierta ocasión que existía en poder del doctor Ricardo Guido Lavalle una carta pasada por San Martín a don Tomás Guido, en 1829, en la que le decía que precipitaba el viaje a Europa ante las desavenencias que existían entre Lavalleja y Rivera.

A pesar de que San Martín se ha encargado en la carta transcripta de aclarar en forma concluyente el motivo que determinaba su regreso consideramos de interés gestionar la obtención del anunciado documento,

La carta de Rivera ha servido para despejar la incógnita que existía sobre los motivos del regreso de San Martín a Europa.

Sus términos reflejan la inquebrantable decisión de aquel hombre de no inmiscuirse en política ni mandar jamás y trasparentan a la vez la enseñanza más hermosa de elevación moral que puede dar un ciudadano, que es lo

---

Escribimos al doctor Guido Lavalle y se nos prometió después de realizada una investigación entre los papeles de su glorioso abuelo enviarla si se encontraba. No habiendo tenido respuesta acudimos entonces a la gentileza del ilustrado amigo y paciente investigador, Presbítero Manuel Juan Sanguinetti, para que tomara a su cargo la busca de ese documento quién ha informzdo del modo siguiente:

«Buenos Aires, Abril 8 de 1920. — Señor don Plácido Abad. De mi mayor aprecio: No bien recibí su muy atenta por la cual me pedía investigara si el señor doctor Guido Lavalle tenía en su poder una carta del General San Martín en la cual este militar hacía mención de los Generales Lavalleja y Rivera me puse en campaña. He podido hablar con un miembro de la familia de dicho señor y he obtenido, en concreto, que el doctor Guido Lavalle no tiene en la actualidad dicha carta. Más tarde pude hablar con el Sub-Director del Archivo Nacional con idéntico resultado negativo. En mi poder tengo la campaña de San Martín, sus cartas y escritos, no encontrando nada de lo que Vd. tanto desea.

Disponga siempre del amigo que lamenta no haber dado con el dato que Vd. le pidiera. Afectísimo siempre. — MANUEL JUAN SANGUINETTI».

que constituye una parte de la gloria del Capitán de los Andes.

El caudillo oriental estuvo grande en 1829 al ofrecer a San Martín su posición y cuanto le fuera útil a éste en cualquier destino en que se encontrara.

Ratificaba así hidalgamente, la consideración que aquella figura le inspiraba evidenciando una vez más la nobleza de su sentimiento que había de constribuír, para honor del Uruguay, a que las vinculaciones con el vencedor de Maipo fueran aún mayores, demostrando de un modo acabado que los orientales eran los mismos amigos de siempre, aún en los días crueles e inciertos porque atravesaran los pueblos del Río de la Plata.

CAPITULO IV.

EMBARQUE DE SAN MARTIN PARA EUROPA.

SUMARIO. — *Propósito irreductible de San Martín de regresar a Europa. Las primeras noticias que circularon a este respecto en Montevideo. Como juzgaba la partida del guerrero la prensa de Buenos Aires. Se creyó al principio que San Martín se quedaría en el Brasil. Despedida afectuosa que el Capitán de los Andes hace a Montevideo. Carta que escribe a Gabriel A. Pereira agradeciéndole atenciones. Importancia de este documento. El Coronel Pablo Zufriategui al frente de la Comandancia de Marina saluda por última vez al guerrero. Partida de la embarcación que lo condujo a Europa. Consideraciones sobre la permanencia del vencedor de Maipo en el Uruguay.*

En la segunda quincena de Abril de 1829 la Plaza de Montevideo fué enterada por los rumores circulantes del propósito irreductible del General San Martín de retornar a Europa al lado de su hija Mercedes Tomasa San Martín y Escalada, que muy luego había de ser

esposa de Diego Balcarce descendiente del que venciera gloriosamente en Suipacha. ([1])

La nueva cundió entre los íntimos de San Martín creyéndose sin embargo y con razón, que el regreso al viejo continente se produciría algo más tarde dando tiempo a que los orientales organizasen los servicios administrativos del país y pudiera aquel ser testigo en alguno de los actos salientes con que se inauguraba la nueva República.

Pero la decisión del guerrero era irrevocable. Contra ella se estrellaban todas las insinuaciones. Nada había en él que le hiciera reconsiderar la medida que tranquilamente

---

(1) Hace cinco años le decía San Martín a O'Higgins en 22 de Diciembre de 1832 «había formado el proyecto de unir a mi hija al joven Balcarce, hijo mayor de nuestro llorado y difunto amigo y agregado a la Legación de Buenos Aires cuya juiciosidad no guarda relación con su edad. Mi plan era que esa unión se realizase en América». El casamiento se verificó el 13 de Diciembre de 1832 embarcándose los jóvenes esposos el 21 de ese mes en el Havre con rumbo a Buenos Aires, deteniéndose en Montevideo para saludar a los orientales amigos de su padre y expresarles el recuerdo afectuoso que éste les enviaba desde Francia. Fructuoso Rivera que desempeñaba, entonces la Presidencia de la República no fué ajeno a ese saludo como tampoco su esposa Bernardina Fragoso. Meses antes, el 7 de Febrero de 1831, había recibido aquel la carta de San Martín publicada en el capítulo III, felicitándole por su elevación a la primera Magistratura del país.

había tomado. Tenía las valijas prontas, los pasajes tomados y libres y expeditos los documentos para hacer escala donde creyera oportuno.

Los sucesos de Buenos Aires le habían llenado de intranquilidad; temía que ellos lo envolvieran en algo que rechazaba de modo absoluto y las noticias que continuamente de allí venían le hacían ver la orientación difícil que tomaba la política argentina, circunstancia que le hacía realmente larga su permanencia en Montevideo.

Ante propósito tan firme, se creyó sin embargo que aquél no iría directamente a Europa. Para algunos haría el viaje con escalas intermedias en puertos del Brasil, donde se detendría un tiempo cruzando luego el Atlántico para llegar a Europa en la primavera inmediata.

La especie, llegó en esa forma a la capital argentina. Uno de los diarios, «El Tiempo» del 23 de Abril de 1829 se despachaba de modo tan injusto y cruel: «En la semana anterior el General José de San Martín se embarcó en Montevideo con dirección al Janeiro; aquí se crée que pase a Europa pero se nos ha asegurado que se fijará en la capital del Brasil; desearíamos que fuese cierto lo primero, más bien que lo segundo».

Equivalía a decir: «Cuanto más lejos mejor» declaración insensata que subvertía el concepto que San Martín tenía de los sucesos.

La pasión de entonces avasalladora y horriblemente despiadada hacía apartar a los hombres la noción real que se debía tener para juzgar las cosas. El que no entraba como aquel a apuntalar situaciones producto de la fuerza o del prestigio personal, debía ser excluído y repudiado y de nada valían las consideraciones o los servicios prestados a la causa de la independencia americana.

Eran los primeros resplandores de aquella hoguera que sólo había de apagarse con los últimos cañonazos de Caseros.

San Martín había escrito a O'Higgins el 5 de Abril de 1829 hallándose en Montevideo, que era su propósito embarcarse para Europa el 10 de Mayo de entonces lo cual daría ocasión ante esa dilación del viaje de contemplar la entrada de las tropas patriotas de Montevideo, hecho glorioso verificado 10 días antes por la evacuación del ejército imperial. ([1]).

Sin embargo anticipó la partida.

¿Qué motivos pudo tener para ello?

---

(1) Entre los papeles dejados por San Martín que existen en el Museo Histórico de Buenos Aires, a cargo del erudito y distinguido historiador amigo Dr. Antonio Dellepiane, figura un Almanaque de la Provincia Oriental del año 1829. En esa publicación señaló el

Posiblemente el arribo de los Generales Balcarce y Martínez (Enrique) realizado en aquella época, del modo ya expresado en capítulo anterior fué uno de los inconvenientes que le obligó a no demorarse en la ciudad.

Tenía con ambos soldados una estrecha amistad y sus insinuaciones tal vez mortificarían su carácter.

Con respecto al primero, Balcarce, además de vincularle una alta consideración le iba a unir todavía más al poco tiempo de allí el ma-

---

guerrero la ruta que llevó el «Chichester» tanto a su arribo a Montevideo como a su regreso a Falmouth. El autor trató de buscar mayores informes sobre punto tan interesante que coincide con la marcha realizada por el Paquete Inglés a través del Atlántico, pero la tarea resultó infructuosa. Escribió al distinguido e ilustrado compatriota señor Federico R. Vidiella, Ministro del Uruguay en Londres para que se interesara ante el Lloyd's a fin de obtener amplios datos sobre el particular. El señor Vidiella con toda deferencia atendió la gestión pero los datos que se le facilitaron no aportan mayor luz al respecto. El 17 de Agosto de 1922 el señor Vidiella remitió al autor la siguiente comunicación particular: «Amigo Abad. Le adjunto la lista de los buques llegados a Southampton hace 93 años, más o menos un siglo. Los otros informes complementarios no existen en las oficinas del Lloyd y sería necesario nombrar un experto en Southampton que rebuscase en archivos con la probabilidad de no encontrar nada. Siempre afectísimo amigo SS. FEDERICO R. VIDIELLA».

trimonio de su hija Mercedes con uno de los que llevaban aquel apellido porteño, hecho que serviría para establecer una nueva corriente afectiva.

En lo que hace a Enrique Martínez era por demás conocida la cordial simpatía que existía entre ambos.

El soldado oriental no podía olvidar que había sido su subalterno en la campaña de América; fuera el que mandara en Jefe los restos del ejército de los Andes y San Martín no podía tampoco dejar de recordar la noble actitud de Martínez al confirmarle el respeto y la alta confianza que éste y sus compañeros habían tenido, suscribiendo noblemente el acta de Rancagua.

Además, Martínez había tenido en esos días singulares demostraciones para con San Martín y fuera en su casa de la calle Santo Tomás (hoy Maciel) contigua a la Capilla de la Caridad donde se habían hecho revivir los recuerdos gloriosos de otros tiempos en forma que evidenciaba el alto afecto que los vinculaba poderosamente.

Todos estos hechos debieron ser apreciados por San Martín con la tranquilidad propia de su carácter.

Quedarse más tiempo equivalía a reanimar vínculos un tanto amortiguados por la distancia haciendo tal vez más comprometedora

su misma situación, dada la posición política que ocupaban ambos soldados amigos.

Partida tan súbita ha resultado sensible para la historia del Uruguay. Ella no permitió vincular el nombre de San Martín presidiendo las fiestas con que el 18 de Julio del año siguiente solemnizaría el nuevo Estado la jura de su Constitución política que hubiera prestigiado aquella personalidad tan gloriosa, dejando así plasmado con ese rasgo singular uno de los puntos trascedentales de la vida de la República Oriental, semejante en finalidad aunque con distinto significado a la que el Capitán de los Andes realizara años antes en Lima al proclamar la independencia del Perú.

Pero le queda al Uruguay la satisfacción de haber recibido su visita y ser ésta pagada en forma tan hidalga como hermosa.

Redactó San Martín durante su permanencia en Montevideo tal vez lo más original de su correspondencia epistolar, sobre todo la que define el concepto de la vida de los pueblos americanos, legando enseñanzas que han debido ser aprovechadas para evitar los horrores de la guerra civil y los celos provocados por las rivalidades mismas de los más fuertes en perjuicio de la libertad conquistada con tanta tenacidad y tanta abnegación.

Dejó en la capital del Uruguay grabado e concepto « de que jamás se puede mandar con

más seguridad a los pueblos que después de una gran crisis» según así informa la carta redactada desde la casa que le brindara la interposición amistosa del canónigo oriental Pedro P. Vidal, señalando así providencialmente a los países del Río de la Plata, en virtud de lo caótico de aquella situación, la perspectiva que ya se diseñaba en el ambiente político y de que informa la larga y sangrienta tiranía de Rozas.

Resuelto, pues, a irse repartió la salutación afectuosa entre los que en Montevideo noblemente le habían recibido.

Gabriel A. Pereira que fuera, por su posición financiera el que le brindara mayores atenciones, recibió del viajero el 17 de Abril de 1829 la carta que debe siempre recordarse por el concepto que refleja sobre el país que le hospedara: «Montevideo, Abril 17 de 1829. Señor don Gabriel Pereira. Apreciable amigo: Como usted sabe tengo concertada mi salida para Falmouth en el Paquete inglés según así tuve ocasión de hacerlo saber a los Generales Rondeau, Rivera y otros buenos amigos. Regreso al lado de mi hija en donde permaneceré dos años que considero necesario para que concluya su educación y finalizado este tiempo volveré a mi patria en su compañía, y al irme de este suelo debo expresarle el sentimiento que me embarga dejar esta ciudad que

tanto quiero. Permítame le tribute infinitas gracias por sus atenciones, declarándole que en caso de necesitarlo tendré presente su gentil ofrecimiento. Que goce Vd. de salud en compañía de su familia son los deseos de su amigo. —JOSE DE SAN MARTIN». ([1]).

La última parte de esta comunicación referente al ofrecimiento que pareco haberle insinuado Pereira es tal vez la que tenga alguna importancia para apreciar el momento que cruzaba el guerrero argentino.

No hay duda que Pereira le había abierto hidalgamente los brazos del modo que lo hiciera Rivera y otros orientales, aunque en el presente caso con más seguridad inmediata, pués era de los pocos patriotas que por su posición pecuniaria se hallaba en condiciones excepcionales para obrar de este modo.

Ya hemos dicho que mantenía entonces una de las fortunas más sólidas del Uruguay heredada de su padre Antonio Pereira que fué hermano político de Artigas.

---

(1) Archivo de Gabriel A. Pereira. La documentación examinada deja la impresión de que en esos días Pereira había partido urgontemente para una de sus estancias por negocios de campo. Es por eso que San Martín se vé en la necesidad de dejarle la carta, cosa que no hubiera tal vez ocurrido encontrándose Pereira en la ciudad.

La orientación comercial que llevara su casa, habíale permitido instalar escritorio en La Coruña (España) contra el cual consignaba los frutos del país que debían reverderse luego en Ingalterra, sobre todo en los puertos de Liverpool y Southampton, aumentando y mejorando así las propiedades que en la península le dejaran sus antepasados.

Esa circunstancia especial serviría para facilitar el viaje que iba a realizar San Martín y con una franquicia como aquella podía muy bien éste en caso de serle necesario, presentarse a los representantes de Pereira en Europa para subsanar cualquier dificultad que tuviese.

Esta es la deducción lógica que surge de ese detalle interesante.

Revela todo ello una vez más la forma honrosa en que los orientales se condujeron con San Martín.

Si el desembarco ocurrido en meses anteriores, en Montevideo, lo fuera afectuoso, no menos sincero y expresivo debió ser también la despedida, en presencia de las pruebas documentales exhibidas.

Pablo Zufriategui, aquél glorioso soldado de la Independencia cuya biografía falta aún escribir, vinculado a la mejor sociedad del Río de la Plata por su cultura y posición,



La casa con techo de teja a la portuguesa, de dos ventanas,
es la que habitó San Martín en 1829,
se hallaba situada en la calle Sarandí
entre Ituzaingó y Juan C. Gómez.



Convento de San Francisco
de Montevideo



Mercado de verduras de la ciudad.
En esa forma se vendían, en 1829
la legumbres

ejercía en esos momentos la comandancia efectiva del Puerto de Montevideo. ([1]).

Figura interesante y culta, con modales distinguidos, era entonces la persona indicada para el puesto que se le había confiado.

Tenía la condición sobresaliente. por la inclinación tal vez de su carrera, de trasparentar muy pronto la franqueza de su carácter bondadoso, haciendo agradable el trato personal, condición que le hacía cosechar sinceras amistades.

Ante tal modalidad es fácil preveer la forma sensible en que habrá estrechado la mano al viajero en aquel momento histórico en que éste iba a abandonar el Río de la Plata, otorgándole franquicias singulares inherentes a la alta personalidad que despedía, mucho más cuando en el cargo tenía verdadera autonomía funcional y no pesaba ya allí la influencia imperial, cuyo dominio se iría apagando a medida que el patriotismo encarrilara los resortes de la incipiente administración.

El cañonazo lanzado reglamentariamente al atardecer de aquel día otoñal, debió anunciar a San Martín que muy pronto perdería de vista las riberas de la ciudad que visitara.

---

(1) Pablo Zufriategui fué amigo del General Carlos de Alvear. Su casa de la calle Sarandí donde en la actualidad existe una parte del Correo, era en la época punto de reunión de emigrados argentinos.

Día triste debió ser aquel para los orientales al despedir y abrazar por última vez en el antiguo muelle de la Aduana al que era gloria de América y por su capacidad militar figura culminante en la historia del continente americano del Sud.

Quedaba allí, lleno de entusiasmo, por la culminación de la empresa iniciada en 1825, que abriera las puertas a la redención nacional, un conjunto de hombres llenos de fé en los destinos de la República, esperanzados en que el tiempo limaría las asperezas surgidas al calor de aquel ambiente modelado en la misma lucha de la época.

Dejaba el héroe la ciudad que tanto quería, como lo había dicho con aquella sinceridad tan propia de su espíritu que le singulariza entre los demás de su época.

Pensaba volver... pero no regresó jamás. No pudo tener la satisfacción de retemplar su espíritu patriota en las fiestas con que Montevideo había de solemnizar varios días después, el 19° aniversario del 25 de Mayo que unía a todos los pueblos de América.

Tenía entonces 48 años de edad. Se hallaba en ese plano de la vida en que sin mirarla con indiferencia, se vislumbra ya el frío de las tardes tristes ante la experiencia del camino espinoso recorrido.

El Uruguay debe regocijarse siempre de que José de San Martín detuviera un día su tránsito por la ciudad porque el arribo le habrá servido para evidenciar que los orientales eran los mismos amigos que le batieron dianas cuando legaba a la corona de América los lauros inmortales de San Lorenzo, Chacabuco y Maipo.

La expotaneidad del acto realizado por el Uruguay en 1829, encierra un alto significado y una gran enseñanza moral.

Rivera, Lavalleja y Joaquín Suárez fueron hombres esencialmente artiguistas, los últimos en abandonar al precursor en aquella lucha desesperada que todavía falta estudiar ante el cruel avance del ejército portugués.

Eugenio Garzón, aquél bizarro oficial que con Ventura Alegre realizara gloriosamente la campaña emancipadora de América regresando luego a la patria cargado de medallas y de honores, era también el mismo que, niño aún, jadeante de entusiasmo, con su hermano Félix y llevado del brazo de su madre se presentara en 1811 en el campamento de Artigas a compartir las fatigas de la lucha y desenvainar la espada que sólo había de volver a la vaina después de asegurar la libertad en el campo tendido desde el Plata al Orinoco.

Gabriel Antonio Pereira era sobrino carnal de Artigas, hijo de una hermana de la esposa

del caudillo que a su vez era su prima hermana.

El espíritu y la sangre de Artigas vivía, pués, en aquel ambiente pudiendo decirse que era su misma obra la que provocaba tan sincero recibimiento.

Parecería que el expatriado solitario del Paraguay hubiera contemplado con alegre mirada aquel momento memorable diciéndoles con fervoroso recogimiento: « Reciban ustedes que fueron mis entusiastas compañeros con verdadero amor a esa gran figura que visita la ciudad, porque ha sido el amigo que mejor ha comprendido con la sinceridad de su alma la pureza de mis firmes convicciones. Verá él, entristecido como yó, que son los mismos que me llevaron a la desesperación y al olvido los que hoy le vuelven a él mismo la espalda, injuriándolo también, después de haber dado tanta gloria y enseñarles el camino de la victoria final ».

—FIN—